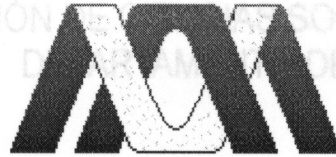




UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
D. S. H. DE ANTROPOLOGÍA



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

Héctor Amezcua Cardiel

Hacia una balance de los estudios sobre cultura política en México

Héctor Amezcua Cardiel

Tesina de Maestría en Ciencias Antropológicas.

Tesina de Maestría en Ciencias Antropológicas

Director: Dr. Roberto Varela V.
Asesores: Dr. Alberto Olvera R.
Dr. Hipólito Rodríguez H.

Director: Dr. Roberto Varela Velázquez

Asesores: Dr. Alberto Olvera R

Dr. Hipólito Rodríguez H.

México, D.F.

septiembre del 2000

México, D.F.

Septiembre del 2000

AGRADECIMIENTOS

El presente trabajo no habría sido posible sin el espacio que me brindaron los seminarios a cargo del Dr. Roberto Varela Velázquez, en los cursos del Doctorado en Ciencias Antropológicas. Por su atención, comprensión y paciencia, dejo constancia expresa de mi gratitud.

De la misma forma doy las gracias por su generoso tiempo y comentarios al Dr. Alberto Olvera R. y al Dr. Hipólito Rodríguez H. Quienes revisaron la difícil primer versión del presente trabajo. A ambos mi reconocimiento y admiración.

Héctor Améxcua Cardiel

ÍNDICE

HACIA UN BALANCE DE LOS ESTUDIOS SOBRE CULTURA POLÍTICA EN MÉXICO

CAPÍTULO I

LÍNEAS DE ANÁLISIS DE LA CULTURA POLÍTICA EN MÉXICO

INTRODUCCIÓN	1
Antecedentes	7
1. La perspectiva Sociológica	13
2. La perspectiva Antropológica	24

CAPÍTULO II

LAS CRÍTICAS AL CONCEPTO CLÁSICO DE LA CULTURA POLÍTICA

1. La crítica Internacional al concepto de Almond y Verba	31
2. La crítica desde la Sociología Mexicana	37
3. La crítica desde la Antropología Mexicana	42

CAPÍTULO III

HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO MODELO DE ANÁLISIS DE LA CULTURA POLÍTICA EN MÉXICO

1. Hacia una reformulación del concepto de cultura política desde la perspectiva de la Esfera Pública	46
2. Los niveles de análisis Macro, Meso y Micro sobre cultura política	60
Hipótesis	82
Metodología	83
Índice del Proyecto de Tesis Doctoral	84
Conclusiones	87
Bibliografía	91

INTRODUCCION

Plantearse a fines del siglo XIX en México el problema de la cultura política no es fácil, especialmente si se hace con los esquemas de investigación tradicionales.

Me refiero a la necesidad de iniciar un replanteamiento de los conceptos fundamentales del tema, capaces de ir más allá de una simple contraposición entre cultura política tradicional y otra moderna de corte cívico, o de analizar evolucionistamente cómo se pasa de una a otra, como han sido la tónica de muchos estudios que se han desarrollado en México especialmente en los últimos 20 años y en particular desde 1988.

Desde estos años adquiere carta de naturalización en las ciencias sociales del país el tema de la cultura política. Al principio se le cargaba ideológicamente de una fuerza contestataria inherente: quien tenía cultura política era un actor antisistema, o bien se le asociaba a posiciones progresistas y hasta de izquierda. Al paso del tiempo, con sucesivos procesos electorales, vimos que estas asociaciones eran ficticias, pues quienes votaban en un momento por la oposición al siguiente proceso electoral volvían con toda naturalidad a votar por el partido oficial, o bien vimos cómo quienes en una ocasión votaban por la izquierda lo hacían más por castigar al partido en el poder que por conocimiento y convicción propia.

También hemos visto a lo largo de estos años que la cultura política es una variable independiente de la clase social, la identidad, la ideología, el nivel educativo y la afiliación partidista. Esto fue así porque detectamos que los comportamientos autoritarios cruzaban estas determinaciones, o que la cultura tipo súbdito la encontrábamos también asociada a todas ellas.

Allí había indicios entonces de que la cultura política tiene diversas densidades y niveles: a pesar de que en su vida diaria una persona se informe regularmente, participe en procesos electorales de tanto en tanto, e incluso se ocupe de alguna lucha reivindicativa local, con esas vivencias se modificarán sin duda, a

base de esos aprendizajes, las percepciones, juicios y opiniones que se hacía de los asuntos políticos y sus actores, pero en un nivel microsocioal, que no alcanza otras dimensiones meso y macro de la cultura política, núcleos duros de largo plazo, traslapados con otros blandos susceptibles de mayor modificación desde la perspectiva individual.

Es decir, mientras los núcleos duros requieren de largos procesos de socialización intergeneracional para constituirse o modificarse, basándose en experiencias colectivas amplias, fincada en acontecimientos claves en la vida de la comunidad o la ciudad, los ámbitos blandos de dicha cultura por el contrario se constituyen a base de las experiencias individuales, cimentados en fuertes vivencias personales entre los individuos de una misma generación, y de cara a algún acontecimiento político en especial: 1988, 1994, 1997 o quizá el 2000.

Cada acontecimiento político es visto, sentido, pensado e imaginado de distinta forma por cada generación.

En 1988 tuvimos entonces tres concepciones del mundo en acción, tres mentalidades de cara a un mismo hecho político, que sólo en apariencia eran lo mismo: un voto contra el sistema. Al hurgar en cada generación, y en sus redes especiales de interacción, diálogo e intercambio de imágenes, juicios y valores, encontramos las sutiles diferencias que al paso del tiempo se van agrandando: el peso de los juicios de una generación se va modificando no obstante sus lazos ocultos.

Para detectar requerimos un acercamiento antropológico y vivencial directo a los modos como desde las redes sociales primarias y en especial la familia y sus traslapamiento generacionales, se va conformando la cultura política real que tienen las personas. Una cultura a todas luces de carácter HÍBRIDA no solo en sus contenidos sino también en sus determinaciones generacionales.

Tener un juicio, adquirir un valor, asumir una imagen o un símbolo político no es así sólo acto individual, donde cada persona utiliza el libre albedrío sin más,

en realidad depende de los signos y símbolos socialmente compartidos que se manejan en cada generación y en particular al modo como se codifican o decodifican desde el escenario de la red familiar, aún cuando en ella haya influencia de otras redes (laborales, vecinales, indentitarias, etc.).

Los signos y símbolos sobre los acontecimientos políticos son procesados entonces en una dimensión social y cultural que mezcla los espacios públicos intergeneracionales y familiares de las distintas culturas discursivas; el menor o mayor diálogo, el mayor o menor respeto por la exposición abierta de las ideas, con tolerancia y libertad al hablar o sin ellas, etc., que son claves para determinar qué cultura política es tradicional o no.

Así, la cultura política no depende tanto de las orientaciones ideológicas o partidistas (izquierda, centro o derecha) ni del grado de movilización y participación (alta, regular o baja) o del grado de escolaridad. Ellas influyen sin duda, pero están delimitadas por otros factores más fuertes, como las redes familiares intergeneracionales y sus culturas discursivas, esto es, sus modos de dialogar y procesar las experiencias que se van viviendo. En efecto, es desde estos modos de charla de donde surgen las claves que aprueban o desaprueban lo que se va viviendo, los códigos de ordenamiento del significado con los que se cargan finalmente las experiencias o vivencias.

En las siguientes páginas nos planteamos como problemas a la altura política ya no sólo como un conjunto de signos y símbolos que se adquieren en función de la educación, la participación social o la orientación ideológica, por decir sólo algunas de sus determinaciones, sino básicamente en correlación con los tipos y la calidad de las experiencias discursivas con las que se carga de significados una vivencia. ¿Lo que estamos viviendo lo asumimos tras un diálogo de tipo horizontal o vertical con otros? ¿Somos libres de cargar de significados nuestras experiencias o estamos coaccionados por alguna red social? ¿La carga de significados de nuestras vivencias cumplen con las reglas procedimentales del discurso dialógico o no?

Esta visión asume entonces una perspectiva PROCEDIMENTAL Y NORMATIVA DE LA CULTURA POLÍTICA, UNA VISIÓN FORMAL en el sentido de que acentúa los modos como se discute, procesa y asimilan los significados de cada vivencia de las personas ante los sucesos políticos de su tiempo. Para mí, la cultura política debe ser vista como la Democracia: como un procedimiento, una forma de procesamiento, en el caso de esta última sería de las decisiones, en el caso de la cultura política de las ideas, signos, símbolos, valores y significados. La calidad de la cultura política depende así más de la forma que de los contenidos...

Y para ello requerimos acudir al escenario privilegiado de la discusión y la charla —quizás no del diálogo— que son los grupos primarios, intergeneracionales, y en especial la familia en un país como México. Tratar de identificar como se construyen sus espacios públicos y sus formas de platicar, es decir, de asignar órdenes de significados a las experiencias, bajo un esquema de investigación antropológica.

Para efectos del presente trabajo, en las siguientes páginas ofrecemos primero un recorrido sobre las líneas de análisis de la cultura política en México a partir de la recuperación de las más valiosas —y escasas— investigaciones de corte empírico que al respecto se han desarrollado en la sociología y la antropología mexicana, especialmente desde 1988 a la fecha.

Ofrecemos así un balance sobre sus orientaciones y alcances, deteniéndonos en el impacto que tuvo en todos estos estudios la obra clásica de Almond y Verba y en el modo como reaccionaron los investigadores mexicanos con trabajo de campo. Es así como en este balance recuperamos no solo la crítica que la sociología y la antropología mexicanas hicieron a esta obra, sino que la comparamos con las críticas que aquellos clásicos recibieron en el plano internacional.

A partir de este balance, exploramos la necesidad de un nuevo modelo de análisis para los estudios de la cultura política en el país, partiendo tanto de los

distintos aportes que han hecho autores mexicanos como en la propuesta de pensar la vida y la cultura civil desde el ángulo de la Esfera Pública.

Al final, a estas reflexiones teóricas agregamos un conjunto de hipótesis que derivarían de aquellas conceptualizaciones y que junto con la metodología y un posible índice de la investigación de campo, dan un sentido aplicado a la presente tesina.

**“HACIA UN BALANCE DE LOS ESTUDIOS
SOBRE CULTURA POLÍTICA EN MÉXICO”**

CAPÍTULO I

LINEAS DE ANÁLISIS SOBRE LA CULTURA POLÍTICA EN MEXICO

ANTECEDENTES

En nuestro país la reflexión sobre la cultura política de los mexicanos ha tenido distintas etapas de reflexión, siguiendo una evolución semejante la que ha tenido en otros países como Alemania o Estados Unidos.

En el caso mexicano primero tenemos un grupo de ensayos sobre las características del mexicano, sobre su identidad, que abordaban indirectamente los valores y el comportamiento político de los mexicanos, uniéndolo a sus matrices culturales. Tal es el caso de *EL PERFIL DEL HOMBRE Y LA CULTURA EN MEXICO*, publicado por Samuel Ramos en 1934, o bien de *EL LABERINTO DE LA SOLEDAD* de Octavio Paz, que se editó en 1959. Este tipo de trabajo eran más reflexiones a nivel de ensayo, con intuiciones importantes sobre el modo de ser y mirar el mundo de los mexicanos, pero que sin embargo carecían de una metodología rigurosamente orientada. La preocupación estaba ya centrada sobre la influencia de la cultura en el comportamiento social y político de los mexicanos.

Una segunda ronda de trabajos, ahora desde ciencias sociales como la historia, la ciencia política y la sociología, producen a mediados de los años sesenta trabajos de investigación que con una metodología cuidadosa abordan las características del proceso de modernización política en el país. En 1963 se publica en Estados Unidos el clásico trabajo *THE CIVIC CULTURE* que analiza las relaciones existentes entre *LAS CARACTERISTICAS CULTURALES DE LA SOCIEDAD Y LA ESTABILIDAD DE*

LOS REGIMENES POLÍTICOS en cinco países, esto es Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Alemania y México. Bajo un enfoque sociológico se buscó asociar los distintos tipos de cultura política (parroquial, súbdito y Cívica) con distintos tipos de régimen político, por ejemplo, la cultura súbdita se vinculó con regímenes políticos autoritarios, la cultura cívica con los democráticos, etc. En el caso de México se encontró una fuerte desinformación, despolitización, y un sentimiento de insatisfacción que no anulaba el de orgullo, todo ello característico de una cultura tipo súbdito.

Posteriormente Robert Scott con su obra "*México: The Stablished Revolution*" (1965) analiza por primera vez los cambios en la cultura política mexicana entre 1910 y 1958, utilizando también la distinción entre cultura parroquial, súbdito y participativa (que para esas fechas era ya un enfoque teórico aceptado en los Estados Unidos) concluyendo, ahora con una investigación histórica, que en medio siglo México tenía ya una cultura predominante de tipo súbdito y que se encaminaba hacia la cultura participativa. Por su parte, Roger D. Hansen edita en 1971 *LA POLITICA DEL DESARROLLO MEXICANO* donde registra como la población presenta demandas restringidas al sistema político y a la vez le dan su apoyo difuso pero extendido al régimen.

En todos estos trabajos está implícita la teoría de la modernización, que enfoca a la cultura participativa como un elemento clave para lograr la estabilidad política necesaria para alcanzar aquella. Una nación políticamente moderna será aquella cuya cultura política se finque más rasgos cognitivos (información) propios de la cultura cívica, que en los rasgos emocionales, al modo de la cultura tipo súbdito

En la década de los setentas Rafael Segovia publica *LA POLITIZACIÓN DEL NIÑO MEXICANO* (1975), en donde demuestra el fuerte papel que tienen instituciones como la escuela, la familia y los medios de comunicación en el proceso de socialización política de los niños en nuestro país. Subraya el fuerte papel que tiene la escuela en la formación de orientaciones en la creación de la legitimidad del Estado Mexicano

Es importante subrayar que entre los años cincuentas y setentas la reflexión sobre cultura política esta centrada en una perspectiva eminentemente cultural, en la cual se trata de observar el comportamiento político de los mexicanos a partir del eje *HISTORIA-PUEBLO-CULTURA*, o de temas generales como *EL NACIONALISMO, LA IDENTIDAD DEL MEXICANO O LA PSICOLOGIA DEL MEXICANO*. Y no se da la reflexión aún en torno a la problemática de la sociedad civil y de la cultura cívica.

Esta preocupación aparece hasta mediados de los años ochentas, a partir del nuevo ambiente político que generó la movilización estudiantil en la UNAM de los efectos del sismo de 1985, que revelaron una sociedad más tolerante, jóvenes más negociadores, y a la vez una alta solidaridad y participación de la sociedad mexicana en los trabajos de auxilio de las zonas afectadas.

Los trabajos que empiezan a dar cuenta de los cambios culturales en el país son los de Loaeza (1989) quien registra la relación entre la revolución mexicana, la sociedad que ha forjado, y la sociedad civil que esta emergiendo a su interior, y en contradicción con aquella. *LOS VALORES DE LOS MEXICANOS* (Alduncin, 1989) es otra obra en la que, aún bajo la influencia de Aldmond y Verba, y utilizando las encuestas y sondeos de opinión, analizan cuáles son los valores sociales y políticos de los mexicanos. Y finalmente aparece *COMO SOMOS LOS MEXICANOS* (Narro y Hernández, 1987), también con la aplicación de encuestas, que explora igualmente los valores sociales y políticos de nuestros compatriotas. Un trabajo no menos importante es el de Ricardo de la Peña y Rosario Toledo en una serie de encuestas publicadas en el suplemento *POLITICA* de periódico *EL NACIONAL* que hace un seguimiento en el tiempo de valores de fondo y coyunturales en el Distrito Federal.

Es importante hacer notar que hay una constante en los resultados de los trabajos que utilizaron una metodología fincada en el uso de las encuestas. Desde los trabajos de Aldmond y Verba (1970) se detecta una fuerte desinformación, despolitización y a la vez insatisfacción de los mexicanos respecto a los asuntos públicos, esto se confirma

con Narro y Hernández (1987) casi veinte años después, en que vuelve a registrar que pese a que los mexicanos se interesan algo por la política, sólo una minoría participa, a la vez que destaca como la mayoría de los mexicanos prefiere el cambio gradual y por la vía de las reformas, justo un año antes del fenómeno político de 1988. El Trabajo de Alduncin (1989) va por el mismo camino, y el de Ricardo de la Peña y Rosario Toledo (1990) registran el desinterés y la incredulidad en la política y sus actores.

Por su parte los estudios que utilizaron la investigación documental como el de Scott (1965) y el de Roger D. Hansen (1971), nos describe también a un mexicano despolitizado, conformista y poco participativo en los años sesentas y setentas.

El consenso en estos estudios es entonces que la cultura de tipo súbdito, en la que predomina la pasividad de una ciudadanía que se ubica en una posición mas bien receptiva con respecto a las incitativas del gobierno, es la predominante en nuestro país durante los primeros cincuenta años del siglo XX, pues entonces la cultura parroquial tenía el 25% de vigencia, la súbdito el 65% y la participativa sólo el 10%, si tomamos los datos de Robert Scott.

Las explicaciones a esto se hicieron desde los trabajos de Pablo González Casanova ya en *LA DEMOCRACIA EN MEXICO* (1967) en donde se explicaba la apatía y el conformismo predominante en los mexicanos, no como producto de la psicología o el carácter del mexicano, sino de lo excluyente de un sistema político que cierra los canales de participación ajenos a sus reglas, y que se mantiene precisamente de esta pasividad. En el mismo sentido del papel que desempeñan las reglas y las instituciones políticas sobre las formas de participación civil, está el trabajo de Aguilar Camín *DESPUES DEL MILAGRO* (1988) quien señala como la incipiente participación de las clases medias mejor educadas y de zonas urbanas exigen modernizar el país pero esto no puede ser satisfecho como antes por un régimen cuya instituciones están fuertemente presionadas por la crisis económica, y que se van desgastando o aparecen como obsoletas ante la nueva sociedad mexicana. El principal problema es que la falta de dinero, impide seguir sosteniendo un sistema donde se

canjeaba obra pública por lealtades. Por lo anterior las instituciones están dejando de cumplir su papel de contención y esto hace más visible la emergencia de una sociedad más participativa, al estilo de la que reclaman los trabajos de Aldmond y Verba, Scott y Hansen.

Es decir, había que preguntarse si tales investigaciones que buscaban caracterizar el nivel y tipo de participación de los mexicanos, y que se toparon con un mexicano pasivo y despolitizado, con una cultura súbdito, no estaban, con semejantes conclusiones, reflejando más que a los mexicanos en sí mismos y a su carácter, a un par de generaciones que seguían creyendo en la revolución mexicana y que aceptaban la dureza y el alto grado de exclusión que tenían las instituciones políticas mexicanas.

Podría decirse entonces que las observaciones que se hacen en todos estos estudios nos remiten, en el fondo, a las limitaciones que tiene la participación de los mexicanos bajo una situación en que se carece de espacios públicos en el país, pues los medios de comunicación, los sindicatos y la ausencia de partidos políticos efectivos contribuían a mantener la pasividad de la población, la cual debía movilizarse sólo bajo los formatos que le permitían desde el partido en el poder, formatos que constituyeron ellos sí toda una cultura priísta de expresión controlada, con rituales, discursos, símbolos y formas de relación entre dirigentes y dirigidos que servían para poder tener bajo control la movilización social. Es importante subrayar que no aparece todavía la discusión de la sociedad civil, ni la percepción de que hay cambios en la pasividad del mexicano, todo lo cual llevaría posteriormente a un nuevo universo simbólico y conceptual en el que se recurriría al concepto de cultura política para tratar de dar razón de la transición desde la pasividad a la participación mostrada desde el último quinquenio de los ochentas.

En efecto hay un corte en las interpretaciones después de la alta participación electoral de 1988.

Los estudios cambian de orientación conceptual, pasando de las preferencias por el modo de ser de los mexicanos, y del nacionalismo cultural o la identidad nacional,

hacia el comportamiento electoral y la cultura política. A la vez se sustentan en metodologías cuantitativas y cualitativas fuertes, tanto de las ciencias de la comunicación, la ciencia política, la antropología y la sociología.

Estos estudios se ubican además en nuevos ejes de percepción, tales como *LA TRANSICION DEMOCRATICA, LA SOCIEDAD CIVIL EMERGENTE, EL DEBILITAMIENTO DEL REGIMEN DE PARTIDO HEGEMONICO Y LA ALTA PARTICIPACION ELECTORAL*.

En un principio estos estudios sobrevaloraron cada uno de estos ejes. Se llegó a pensar que la sociedad civil era toda ella un espacio de virtudes democráticas, que la transición debía ser acelerada y bajo un esquema de pactos políticos para desplazar al partido oficial, y que la participación electoral se iría volcando a las urnas, venciendo al abstencionismo y así creando la fuerza electoral necesaria para desplazar al PRI de la presidencia mediante el poder de las urnas. Este fué el imaginario que va de 1988 a 1994, después del cuál se vio que los escenarios serian más complejos.

En efecto la literatura del tercer período que va de 1994 al 2000, percibe que la sociedad civil tiene a su interior niveles de autoritarismo y democracia, que la transición será más lenta e incierta, que el PRI tiene una base electoral propia que no se reduce sólo con eliminar los márgenes del fraude y del clientelismo, que los votantes están aprendiendo a usar su voto, y que incluso hay márgenes de votantes que después de haber votado a la oposición, están dispuestos a regresar al PRI, todo lo cuál impacta la percepción sobre la cultura política. Al mismo tiempo los procesos electorales, precisamente desde 1994, se van “modernizando” en el sentido de que abandonan paulatinamente las plazas y las calles, y se van haciendo cada vez más campañas mediáticas, que requieren incluso del apoyo de la medición de la opinión pública, y del auxilio de la mercadotecnia política y electoral para saber de tanto en tanto como va la intención del voto.

Veamos cómo evoluciona esta discusión en los análisis que efectúa la Sociología, la Antropología, la Psicología Social y la Ciencia Política en México en las siguientes páginas.

1. LA PERSPECTIVA SOCIOLOGICA

En la perspectiva sociológica, antes de 1988 hubo algunos trabajos como el de Gonzalo Varela Petito denominado "*LA CULTURA POLÍTICA DE LOS ACÁDEMOS DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO, 1968-1987*" que aún bajo el influjo del peso de los factores sociales se adentraron a considerar la importancia del factor cultural. A pesar de iniciar una investigación sobre cultura política, el autor de inicio nos dice que "aunque el concepto de cultura como estructura de significado es sumamente útil... no atribuimos a los sistemas simbólicos... una rigidez persistente que les haga impermeables a otros condicionantes de la acción social" (1988: 371).

Por lo cual, entiende que la articulación intelectual de elementos ideológicos, simbólicos y valorativos que dan identidad a los actores esta descansando en la propia dinámica de la política y especialmente del conflicto, con proyectos políticos y con experiencias históricas generacionales.

En el caso de los académicos de la UNAM, tenemos entonces que sus valores están determinados por estos proyectos políticos, pero también por factores de empleo, profesionalización y masificación de la carrera académica. A continuación, el autor nos explica cuáles son las causas del conflicto académico, reconstruyendo la dinámica del malestar entre profesores y de sus acciones de resistencia, dejando de lado el papel que juegan las dimensiones de la cultura política.

Para estudios previos a 1988, esto no es extraño. Nos ilustra como en los estudios sociológicos la dimensión, cultural estaba subsumida a la lucha política.

En 1994, Gerardo Torres y Rosalía López publican *“ENTRE EL AUTORITARISMO Y LA GESTIÓN DEMOCRÁTICA, CULTURA POLÍTICA Y ORGANIZACIÓN SOCIAL DE LOS POBRES URBANOS”*, en el que discuten estos temas a partir de una investigación sobre las formas de gestión para el acceso a los servicios de vivienda y abasto en la ciudad de México. Ellos enfatizan “el papel que tienen el acceso a los servicios básicos y las formas de gestión social como procesos de socialización y conformación de la cultura política en relación con la identificación de liderazgos, formas de organización y en general, creencias de legitimidad del sistema político mexicano, con la intención de vincular ideales políticos y normas de actuación de una comunidad política”, con lo cual pretenden “desbordar las concepciones clásicas de cultura política que la sitúan en el nivel subjetivo y suponen que la política es un ámbito separado de las esferas de la economía y la historia, perspectiva que ha orientado la mayor parte de los estudios sobre cultura política en México” (1994: 185)

Los autores se alejan así de un planteamiento culturista y llevan el tema a sus lazos múltiples con los aprendizajes que se obtienen en la lucha por un bien al interior del sistema político mexicano; mismo que constituye su escuela política, o su proceso de socialización.

Apoyándose en los resultados de una encuesta de hogares en la que se preguntó sobre las autoridades locales, la organización de la comunidad, el Pronasol y el Presidente de la República, así como su confianza en los procesos electorales, demuestran como la supervivencia del sistema político mexicano se finca en la alta legitimidad que tiene la institución presidencial y sus acciones o programas sociales entre los pobres urbanos, y cómo, a la vez, esto obstaculiza el desarrollo de una cultura política democrática basada en formas de participación abiertas a la discusión pública.

El artículo discute la definición de cultura política de Almond y Verba, a quienes les crítica “sólo basarse en las percepciones subjetivas del poder político” y por ello “no indagar en el valor que podrían tener los procesos de socialización en la formación de una cultura política particular”. Para ellos, el estudio de la socialización y

la forma en que se adquiere la experiencia política pueden dar pauta para un concepto más amplio de cultura política que comprenda las particularidades de ésta en los contextos nacional y regional” (1997: 187). Esta experiencia la adquieren los pobres urbanos cuando participan en la gestión, demanda y movilización realizadas para acceder a los servicios básicos de una colonia popular. De estos procesos de socialización parte la relación entre cultura política y pobreza.

En efecto, para los autores, y según sus datos, asistir a juntas, plantones, marchas y movilizaciones, hacer trámites burocráticos para acceder a la satisfacción de servicios, esto es todo lo relacionado con la gestión social de los mismos, constituyen un acervo organizativo que se aprende e integran como parte fundamental de las creencias, percepciones y evaluaciones del sistema político. Así se construyen las opiniones políticas. Y todo este bagaje es el que está tras la emisión de un voto, por lo que investigaciones como las de Almond y Verba sólo captan un momento aislado de la opinión, la electoral.

Aún así, constatan que esta socialización no logra cuestionar la imagen y la percepción del presidencialismo que goza de una alta legitimidad, en detrimento de otras autoridades locales y del desarrollo de una cultura democrática, a pesar de que el aprendizaje ha sido rico en experiencias de autoorganización, discusión, solidaridad, etc.

Las experiencias de gestión social por ello, podrían ser la base de cultura política democrática si disminuyera el presidencialismo.

En su trabajo de 1997 *“CULTURA POLÍTICA Y COMPORTAMIENTO ELECTORAL EN EL DISTRITO FEDERAL”*, Jacqueline Peschard, retoma el análisis de la cultura política en el contexto ahora de la “accidentada transición política que a vivido México”, pues si bien esta requiere reformar las instituciones, cabe preguntarse si ello es suficiente o se requiere, además, “una ciudadanía con un cierto tipo de código valorativo”.

Considerando que en última instancia la cultura política esta ligada al problema de cómo se legitima los sistemas políticos, la autora se propone analizar la evolución de las opiniones, juicios, actitudes y percepciones que están en la base de la estructuración de la cultura política, y el modo como se relacionan con el grado de legitimidad de las instituciones políticas en un contexto de transición, especialmente con los partidos políticos y su capacidad para expresar el interés de su electorado.

En base a una investigación empírica fincada en tres encuestas consecutivas, aplicadas en la ciudad de México, analiza las motivaciones del comportamiento electoral de los votantes de los tres partidos principales, partiendo de una visión crítica de la teoría empírica de la democracia de Almond y Verba. A ellos les reconoce que la cultura política es susceptible de ser revelado a través de encuestas y cuestionarios, pero no utiliza plenamente su definición. Para Peschard la cultura política es un término “ambiguo” debido a sus múltiples enfoques disciplinarios, pero aún así, es susceptible de ser definida como “un conjunto de valores, símbolos, imágenes y representaciones que los individuos tienen sobre su sistema político y sobre su propio papel dentro de dicho sistema. Considero que los individuos adoptan este conjunto de percepciones como una manera de dotar de significado a su acción y participación política, es decir, la cultura política es algo que se vive y se expresa en el comportamiento político. En mi opinión hay que entender a la cultura política como resultado de un proceso histórico, a lo largo del cual se van conformando los principales referentes políticos”. (1997:40)

Esta definición le permitirá a la autora distinguir los niveles de la cultura política al momento de interpretar sus datos, explorando las distintas dimensiones de la manera como los ciudadanos se relacionan con la política. Tales dimensiones son tres: la *MICRO* o relativa a la lucha política cotidiana, donde la cultura política se mueve más de prisa; la *MESO* que se refiere a las reglas del juego básicas de una comunidad política que guían su comportamiento, y la *MACRO* que se refiere a los símbolos, valores y creencias que definen una identidad colectiva, y que por lo general son los más resistentes al cambio, y donde se encuentra “el sentido duro de identidad”. Nos

aclara entonces, siguiendo esta desagregación por niveles, cuan realmente cambia la cultura política: “Es posible ubicar cambios en las formas de negociación políticas, de construcción de acuerdos, e incluso de adopción de decisiones; puede llegarse también a un momento en que las reglas básicas que guiaban el comportamiento político sean desconocidas por los actores, pero sólo cuando se modifiquen los resortes básicos de las creencias y valores más arraigados, se podrá hablar de una nueva cultura política en sentido estricto” (1997: 41). En México, tendríamos entonces modificaciones del nivel *Micro* (actitudes y comportamientos) así como *Meso* (los referentes normativos), pero subsisten los macro, es decir, “los patrones valorativos tradicionales propios de la época de la hegemonía priísta, tales como la desconfianza en la fuerza y vigencia de la Ley, la convicción de que las capacidades del Presidente son casi omnipotentes, la visión de que los otros son enemigos a los que hay que eliminar y no son sólo adversarios con los que hay que contender y eventualmente formar coaliciones para poder gobernar”. (Ídem)

Siguiendo este planteamiento teórico, Peschard interpreta sus datos también por niveles, indicando que los votantes de los tres partidos podemos distinguirlos a nivel micro por sus actitudes. Así los votantes priístas los distinguimos por sus actitudes de mayor conservadurismo e identificación con el régimen, a los panistas por sus percepciones morales y sus afanes de acción estratégica, y a los perredistas por sus actitudes sistemáticamente antigubernamentales. Pero a la vez, hay a nivel macro un conjunto de parámetros culturales básicos que comparten priístas, panistas y perredistas, tales como la falta de respeto al voto, la corrupción gubernamental, etc., que son percepciones aún muy arraigadas.

A su vez, esta investigación le permite a la autora esbozar la idea de que hay un proceso de transformación de las motivaciones del voto, pues estamos pasando de un voto de oposición que era sólo de protesta en 1988, hasta un voto más identificado con los partidos. Así, en la medida que se vaya madurando el sistema de partidos, se irán

diferenciando las opiniones, juicios, actitudes y percepciones que están en la base de la cultura política de cada universo político.

Como observación crítica, habría que determinar si la definición ecléctica que nos da (en la que mezcla tres niveles: sociológicos, antropológicos y psicológicos) no acaso es ella también una definición por dimensiones, de una parte, y de otra la pregunta es: ¿acaso la dimensión macro no cambia también por y desde las micro y meso? ¿De qué otro modo entonces, acaso por generaciones y a largo plazo? Aún así, la dimensión macro no es totalmente inaccesible, aún siendo histórica y de largo plazo. Su dureza es así, aparente.

Sara Gordon R publica el trabajo titulado "*LA CULTURA POLÍTICA DE LAS ORGANIZACIONES NO GUBERNAMENTALES EN MÉXICO*" (1997), en el cual observa que las ONG son resultado tanto del cambio y la mayor diferenciación del sistema como de la cultura. Señala como si bien estas organizaciones han venido adquiriendo un papel más relevante en las últimas décadas en México, sin embargo, no han sido estudiadas desde el punto de vista de su cultura política, ni en la forma como algunos de sus valores influyen en sus prácticas sociales.

Después de abordar los problemas de conceptualización de las ONG debido a su heterogeneidad (que solo en términos generales pueden definirse como "organizaciones cuyos objetivos son de actividad solidaria o de defensa de los derechos humanos, su carácter privado, voluntario, la ausencia de filiación partidista y de pertenencia al gobierno, y el hecho de que actúe sin fines de lucro"), establece que su desarrollo se debe a "los cambios políticos relacionados con la mayor diferenciación del sistema, con del debilitamiento del corporativismo, y con ciertas permanencias, entre otras, las que se dan en el plano cultural" (1997: 58).

Esta heterogeneidad le lleva a establecer que en cuanto a su cultura política, no se puede hablar de una que esté "acabada e inmutable", sino sólo de "rasgos comunes", no solo entre las ONG sino incluso con "otro tipo de organizaciones (sociales, de productores, de defensa de intereses comunes, gremiales, e incluso

políticas)” por lo que “la lógica de funcionamiento en la que se inscriben es muy cercana a la de los condicionamientos productores de *HABITUS*, es decir, de sistemas de disposiciones duraderos, de estructuras capaces de funcionar como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones” como señal Bourdieu.

En las ONG hay así creencias, actitudes, valores e identidades comunes a grupos de individuos que se traducen en prácticas sociales, por lo que se puede hablar de una cultura política, según la autora. Los rasgos más evidentes de esta cultura política están tanto en sus valores como en sus objetivos, como son favorecer cambios en valores, procedimientos y conductas, la valoración de la misma sociedad civil, la autonomía ante el Estado, la preferencia por formas organizativas no individualistas, etc.

Como se observa, la autora analiza la cultura política en términos muy escuetos, identificándola con su contenido cultural (valores, creencias, etc.) pero sin especificar los *VALORES POLÍTICOS* propiamente dichos como son la tolerancia, el diálogo, la argumentación, etc.

Víctor Manuel Duran Ponte publica por su parte el artículo titulado “*CULTURA POLÍTICA DE MASAS Y EL CAMBIO DEL SISTEMA POLÍTICO: EL PAPEL DE LA ‘AMBIGÜEDAD CULTURAL’*” (1997), en el cual plantea enfocar a la cultura política como “un subsistema relativamente autónomo, es decir, no determinado por otros subsistemas”, siguiendo el enfoque de la Teoría de Sistemas. Así, la cultura política tiene una relativa autonomía respecto a subsistemas como el régimen político, o subsistema institucional, y por los sistemas de integración política de las élites.

Parte de considerar como insuficiente la definición dada por Almond y Verba, pues separa lo subjetivo de lo objetivo, al actor del sistema, por lo que, de acuerdo con la teoría sociológica de Anthony Giddens, propone “asumir que la cultura política también puede ser comprendida como un conjunto de reglas que

posibilitan la relación de los individuos con el sistema político, reglas que orientan su efectividad, el valor como norma, y como reglas de comportamiento” (Durand Ponte, 1997: 20). Las reglas serían entonces una especie de procedimientos generalizables aplicados al desempeño de las prácticas sociales. Estas reglas existen “en la conciencia de los individuos, y se hacen reales, efectivas, cuando los autores las usan para calcular su acción”, y precisar que “no se trata de normas imperativas o morales”, sino de “fórmulas que hay que despejar en cada caso”, y que “le permiten al individuo monitorear su acción”.

Entender la cultura política como un conjunto de reglas es orientar hacia la sociología sistemática su definición. Estas reglas, en tanto están compartidas, permiten que se den las relaciones entre personas, o de los ciudadanos con las instituciones, pues son los principios de racionalidad y comunicación. Por ello concluye Durand: “...aceptamos que la cultura política de masas es parte de un sistema político constituido por ese conjunto de reglas que refleja cómo las masas piensan la política, cómo calculan su acción política. Podemos sostener que dichas reglas, con las cuales se piensa la política corresponden a las reglas que operan en otros subsistemas y que parecen a las reglas que operan en otros subsistemas, y que se parecen a las que emplean los políticos para hacer política, y con las cuales operan las instituciones”. Y finaliza: “No hay pues una disociación entre la cultura política de masas y el hacer política de las instituciones y de los políticos, salvo cuando existe una crisis que separa las distintas partes del sistema, cuando los subsistemas funcionan sin coordinación o en contradicción entre ellos”. (1997: 21)

Con esta perspectiva, Durand procede a analizar cómo el cambio del sistema político puede tener distintas formas, presentándose como una crisis de las élites políticas, una crisis institucional o una crisis de legitimidad, pero entendiendo que ninguna de ellas es suficiente en sí misma para producir un cambio en el sistema político. Por ejemplo, una “crisis en las élites que no afectan las reglas institucionales y que no divide a las masas, es una crisis sin perspectivas”. (p 21)

En México, las crisis de 1968, 1982 y 1994 han acentuado un aspecto pero no los otros. Y de las crisis del país, acaso sólo en 1988, las elites acudieron a las masas para solucionar sus conflictos, dando paso a espacios de liberalización.

Y esta liberalización del régimen ha sido posible, según Durand Ponte, a que: 1) el régimen cuenta con una amplia legitimidad entre las masas y a que esta legitimidad a su vez descansa en que predomina una cultura política de la *AMBIGÜEDAD*, que caracteriza al menos a un tercio de los mexicanos, que son los que dan apoyo al *PRI*.

Esta cultura política de la ambigüedad, es una “cultura que respeta lo legal y que acepta lo real”, de ciudadanos que “condenan la corrupción moralmente, pero la practican realmente”, de votantes que “deciden colectivamente el voto, en comunidad, pero lo ejercen en lo individual”, etc. Nos aclara el autor: “...esta ambigüedad, término que empleamos en un sentido neutro, se expresa como una doble racionalidad, como la necesidad de saber moverse, de saber actuar en ámbitos políticos diferentes, pero entrelazados y simultáneos” (1997: p 26). Esto nos explica porqué hay tanto apoyo como oposición al régimen, y nos revela cómo nuestra cultura política no es susceptible de una clasificación fácil.

En conclusión, “la aceptación de dos órdenes de racionalidad sobrepuestos tiende a favorecer al régimen... en la medida en que piensan la política como algo ajenos a ellos, algo que no les incumbe. Asimismo, la ambigüedad posibilita un manejo de la política por parte de las élites... ajeno al derecho y a la democracia”. La cultura política aportará al cambio del sistema político, no orientándose de la tradicional a la moderna sino eliminando esta ambigüedad. La cultura política es así un subsistema importante que explica la permanencia o el cambio del sistema político.

Por su parte Roberto Gutiérrez en “*Notas sobre la relación entre cultura política e instituciones democráticas*” (1996) señala como entre cultura y sistema

político hay un entramado que la sociología no puede dejar de ver. La perspectiva sociológica puede recuperar estos vínculos bajo dos niveles.

El primero en relación a la forma en que los sujetos se constituyen históricamente en tanto entidades heterogéneas y variables. La sociología ha abordado esto bajo el concepto de *SOCIALIZACION* enfatizando el modo como la familia, la escuela, los partidos políticos etc. forman valores y opiniones en los individuos, en este caso sobre asuntos políticos, pero no lo hacen de una manera homogénea, sino heterogénea, de modo tal que producen una subjetividad contradictoria. Nos dice entonces que “Se puede sostener entonces, que la culturas políticas se van articulando a través de una cotidianidad que transcurre en esferas disímbolas en las que tiene lugar el entrecruzamiento de normas, actitudes, creencias y expectativas del más diverso tipo” (Gutiérrez, 1996, p.44) y que plantea el problema de cómo construir consensos políticos bajo ese contexto.

El segundo nivel tiene que ver con el tipo de factores culturales que dan cuenta de las modalidades de formación de las *IDENTIDADES POLITICAS*. Los factores culturales que intervienen serían todos esos discursos, ideas, proyectos y símbolos que producen imágenes de un futuro posible y deseable que funcionan como ofertas políticas orientadas a satisfacer las demandas de los sujetos. Siguiendo una veta de la tradición weberiana y de las teorías de la subjetividad de lo social, Gutiérrez se interroga sobre “la factibilidad de profundizar en el estudio del papel de la cultura en la construcción de los sujetos políticos” y reconoce que toda vida política conlleva un *SENTIDO*, una racionalización o justificación de las metas políticas propuestas”. Concluye señalando que “se puede afirmar que los marcos culturales otorgan orientación e inteligibilidad a las acciones políticas de los sujetos, siguiendo fundamentalmente los paradigmas del acuerdo o del conflicto”, por lo que tras cada fuerza social en formación hay un marco cultural que proporciona orientaciones y explicaciones al mismo, que incluso le dota de una cierta seguridad sobre el pasado, presente y futuro de ella como una comunidad.

Para Gutiérrez la cultura política no es entonces un elemento *EXTERNO* al sistema político, ya que su funcionamiento depende de la manera en que es entendido y valorado subjetivamente por los individuos que lo hace funcionar cotidianamente, otorgándole así *CONSOLIDACION*.

Como se observa, Gutiérrez sigue la línea de Almond y Verba de correlacionar tipo de cultura política en una sociedad y estabilidad del régimen político... y a la vez reconoce los tres niveles (cognitivo, evaluativo y emocional), y cómo estos sirven de orientadores para la acción. Estos son los ejes en los que se ha sintetizado toda la discusión desde Almond y Verba. Gutiérrez aporta tres elementos adicionales, a) que los tipos ideales no son puros, sino mixtos y heterogéneos, tanto entre sí como entre ellos mismos, y b) que ellos contribuyen a dar sentido y consolidación al sistema, y c) que debe ser interpretada, más que clasificada.

El estado de la discusión en sociología sobre cultura política podría sintetizarse en los siguientes puntos:

- 1) La tipología de Almond y Verba puede “puede conducir a distorsiones tanto en el nivel de la descripción como en el de la explicación causal”(Gutiérrez) si la aplicamos mecánicamente a casos concretos, pues es sólo un tipo ideal;
- 2) Toda cultura política es mixta, y esto está ya en tales autores, incluso considerado como un factor de estabilidad;
- 3) Por ello es una síntesis heterogénea y contradictoria de valores (Gutiérrez);
- 4) Existe en toda cultura política un “núcleo duro de sentido” (Bobbio) desde el cual se resignifican las nuevas experiencias;
- 5) La noción de cultura política alude a pautas consolidadas a través del tiempo, establecidas a través de ciclos largos de socialización, y nuevas ofertas de interpretación aportadas por los productores de sentido de diversa índole (Lechner);

- 6) No hay cultura política contemporánea sin influencia de los medios de comunicación de masas (TREJO DELARBRE,1990)
- 7) La propuesta de una nueva cultura política democrática no es sólo una exigencia ética, sino que tiene que ver también con su conveniencia y utilidad práctica.

2. LA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA

Roberto Varela hace una revisión bibliográfica muy útil de las investigaciones sobre cultura política. Señala que tomó precisamente el año de 1980 como punto de partida porque “era poco probable que en años anteriores se hubieran producido trabajos sobre la cultura política.”(Varela, 1996).

En efecto, no obstante que parecería que la antropología debía darle seguimiento a los tópicos culturales, en realidad la cultura política aparece como objeto sólo desde la década de los ochentas, y al igual que la sociología, como indica Varela “la cultura política mexicana, salvo por los días posteriores a las elecciones presidenciales de 1988 y con anterioridad a las de 1994, no ha sido -no es- un tema de interés para la investigación de la antropología mexicana”.(Idem)

Primero veamos que perspectiva metodológica utilizan los autores pioneros, y después veamos que temas y ejes de análisis utilizan.

En la perspectiva metodológica encontramos en Esteban Krotz y a Victoria Novelo como dos pioneros de los estudios de cultura política con enfoques previos a 1988, con una serie de planteamientos orientados a dejar de lado la idea de que lo cultural es un resultado de la estructura o del sistema, ideas que fueron muy comunes en el clima intelectual de esos años. Lejos de establecer que las representaciones sociales son producto de la estructura social, encontramos aquí que entre ambas hay “una relación de condicionante-condicionado” (Krotz,1981)) o bien “se trata de redescubrir seres humanos concretos detrás de los actores políticos abstractos ,reparar más en el

dramatismo de la simultaneidad de poder y contrapoder, imposición y resistencia.” (Krotz,1986) o como señala Novelo, “tratándose de una sociedad de clases...la cultura no sólo refleja esa división social, sino que la reproduce continuamente en un proceso contradictorio” por lo que si bien hay una cultura dominante, quienes viven la dominación “tienen otros modos, y muchas veces contrarios, de explicación, debido a su experiencia de vida diferente.” (Novelo, 1984) por lo que vemos en ambos autores ya una perspicaz preocupación de la dimensión cultural de la acción social, sea como cultura política (Krotz) o bien en tanto cultura obrera como “cultura de la resistencia” (Novelo) al modo como se planteó por la influencia de los estudios sobre la cultura de Antonio Gramsci.

Los temas de análisis en ambos fueron la crítica a la conceptualización de la cultura política de Almond y Verba. Para Krotz las tres dimensiones de la cultura política (esto es la cognitiva, afectiva y evaluativa) que aportan los autores de LA CULTURA CIVICA debe ser re-significada con una cuarta dimensión, la utópica. Esta nueva perspectiva utópica de la cultura política permite ver de otro modo las tres dimensiones anteriores “reparando en la dinámica interna de los universos simbólicos (multivocidad de sus diferentes partes, diferentes alternativas posibles de su conexión y organización en conjuntos) y retomar la antigua oposición complementaria entre ideología y utopía por lo que hay que rescatar también las aspiraciones, sueños y deseos que guían los valores, emociones y conocimientos deseables desde los sectores dominados. De otra parte Novelo insiste en la perspectiva CONTRACULTURAL que puede desplegarse desde los oprimidos, en este caso, la clase obrera. Por ello subraya que la perspectiva de cultura obrera “presupone reconocimiento como clase subordinada... y la negación de su condición de subordinación... al mismo tiempo que la construcción de un contraproyecto de sociedad y cultura”. (Novelo,1984)

Como puede observarse en estos autores, la preocupación metodológica por recuperar la importancia de la dimensión simbólica y cultural en los estudios políticos y sociales, va acompañada de una inquietud por detectar las formas como se resisten a la

dominación cultural los grupos sociales oprimidos, sea mirando la “dimensión utópica” (Krotz) o bien subrayando el nivel “contracultural” de la misma subjetividad obrera. Esta orientación conceptual ubica a la cultura política bajo el eje temático clase dominante-clase dominada, y del eje de percepción entre cultura-dominación social, muy propios del clima intelectual de esos años, y con una fuerte influencia de los estudios culturales Gramscianos. Es decir, la visualización de la cultura política no está aún bajo el eje de la relación Estado-Sociedad civil, ni de la percepción de la Estabilidad Democrática – Modernización Institucional, que vendrá en los siguientes estudios del tema.

No es casual que bajo la problemática de las clases sociales, ambos autores se preocupen por los campesinos (Krotz) o por la clase obrera (Novelo) dejando de lado otras clasificaciones e identidades sociales, como las clases medias, los consumidores, etc.

Una segunda percepción del papel que tiene la cultura política en el desempeño de los actores se da con investigaciones que se hicieron a la par del año 1988, bajo una preocupación de efectuar trabajo de campo propiamente antropológico sea en el seguimiento de un proceso electoral (Adler-Lomnitz, 1988) o en la observación del comportamiento de los sectores populares en Jalisco. (De la Peña, 1988).

En el caso de Adler-Lomnitz (1990) sobre la campaña presidencial del PRI, estudian la cultura política porque para ellos “ella ha ocupado un lugar crucial en la reproducción del sistema político, aún en épocas en que no había competencia seria entre partidos políticos” por lo que es necesario mirar a las campañas como “ciclo ritual” con distintas “ etapas discretas, al interior de la cual hay también “ritos discretos”. Es decir observan una campaña como un “ritual de paso” en el que se van tratando de resolver los conflictos del candidato con las distintas fuerzas políticas para así lograr cambios con continuidad, relevos dentro del mismo sistema. Estas campañas vistas como rituales permiten dejar en claro el juego de todas las posiciones de poder que intervienen, desde el poder del presidente y del candidato hasta la de cada grupo de

interés dentro del sistema. Obsérvese como la cultura política no aparece aquí como conjunto de valores, sino como ritual, dentro de una clase política que lo requiere para seguir manteniendo su unidad. La cultura política es así un ritual.

Por su parte Guillermo de la Peña (1988) entra a estudiar la cultura política de los sectores populares en Jalisco, apartándose del campo conceptual de los autores de *THE CIVIC CULTURE*, y creando uno propio a partir del rescate de conceptos como el de clase social, mentalidades y actitudes. Propone mirar a la clase social como “un conjunto humano” que “construye interpretaciones complejas de su vida”, y a la vez rescatar el concepto de *MENTALIDADES* porque es más inclusivo que el de cultura política, pues se refiere también a “las concepciones y normas sobre el parentesco, la religión, y los criterios que distinguen el bien y el mal”, y prefiere en lugar de pasar de la cultura política al comportamiento, primero dar cuenta de las actitudes que encuentra entre personas de los sectores populares en Jalisco, para pasar a detectar las relaciones sociales y experiencias que las propician. Propone también una *TIPOLOGIA* de los aspectos políticos que encuentra en la mentalidad de las gentes de extracción popular: clientelística, liberal, proletaria y comunitaria.

Independientemente de la crítica que han recibido estos trabajos (Varela, 1996) me interesa subrayar como aquí también los ejes de análisis están aún centrados en la problemática de la dominación y de las clases subordinadas de un modo directo, de tal modo que se trata de resaltar los valores, las mentalidades que arman sus interpretaciones del mundo en una visión contracultural. Además, como veremos adelante, sus tipologías no son consistentes, pues sólo se puede comparar como tipos opuestos la cultura liberal y la comunitaria, pero no así la proletaria y la clientelística, pues la primera es una clasificación social y la otra una relación de reciprocidad.

Eduardo Nivón por su parte publica en 1990 el artículo *URBANIZACION, MARGINALIDAD Y CULTURA POLITICA*, que continúa abordando la cultura política en la población urbana marginal de la ciudad de México a partir de la distinción entre el comportamiento ciudadano o moderno, y el corporativo o providencialista de

tipo tradicional, para averiguar que tanto el autoritarismo del régimen puede tener bases en una matriz cultural popular. Es decir, se trata de averiguar si acaso o no “ desde abajo se acepta o demanda fácilmente las condiciones autoritarias. “Haciendo una crítica a la definición de Almond y Verba, por “interesarse más por las valoraciones y dispositivos psíquicos y culturales que orientan la acción de los sujetos” dejando de lado “el contenido ideológico y la dinámica del sistema político al cual corresponden”, propone retomar este concepto y tratar de devolverle “su verdadera carga cultural remitiéndonos al mundo de la producción simbólica o de orden social o de poder a que hace referencia, y despojarlo del fuerte contenido etnocentrista que tiene.”

Obsérvese como lo interesante del planteamiento de Nivón es que trata de darle seguimiento a una línea de investigación antropológica que surge desde Almond y Verba-Cornelius, pero bajo un enfoque mexicano, es decir, de observar como la carga simbólica e ideológica de la cultura política de los sectores urbanos puede tener un papel en la continuidad del autoritarismo en México. Los ejes del análisis están ahora en la relación cultura política-legitimidad del Estado Autoritario, tomando como referente a la población marginal de la ciudad de México.

De todo lo anterior podemos concluir que la perspectiva antropológica de la cultura política, ha recibido una fuerte influencia de la obra de Almond y Verba, así como Cornelius. Sin embargo, si bien se ha retomado el trabajo de campo de Cornelius con sectores marginados de la ciudad, y se ha dado continuidad a los estudios de comportamiento político entre campesinos e indígenas bajo la tradición de la escuela antropológica mexicana, la apropiación de los conceptos de Almond y Verba ha sido limitada y cuestionada, ya que se le acusa de ser una tipología etnocentrista propia para sistemas occidentales, que requiere ser adaptada para países como México. Es así que Krotz exige repensarla a partir de una cuarta dimensión, la utópica, Guillermo de la Peña amplía el concepto al de mentalidades y construye una tipología propia, y Nivón a su vez subraya la necesidad de insistir más en la dimensión ideológica y simbólica de tal definición. A la vez esta perspectiva extiende el uso de

esta categoría más allá del eje tradición-modernidad y elecciones-estabilidad bajo los cuáles la conciben los autores clásicos, y la llevan al ámbito no electoral, sino de las relaciones de dominación cotidianas, clientelísticas y providencialistas (De la Peña) o aún más, en su función de soporte al autoritarismo en México (Nivón). Incluso la exigencia de Krotz en el sentido de que se rescate la cuarta dimensión utópica de la cultura política remite al estudio de aspiraciones, deseos y sueños que se dan, nuevamente, en la vida diaria. En suma, se saca el concepto de su contexto original y se le lleva a nuevos ejes, como Cultura-Autoritarismo y Utopía-Clientelismo o Providencialismo., y se le usa ya no para analizar el comportamiento electoral coyuntural sino el comportamiento ante el sistema autoritario en general en la vida cotidiana. No sería raro que se use más la tipología súbdito que la ciudadana, es decir, la cultura tradicional que la moderna, como un referente en el análisis..

Habría que preguntarse si acaso no se está forzando demasiado este concepto, y recomendar la construcción de definiciones propias de tales ejes de análisis.

Un caso distinto es el de Victoria Novelo, que sin asumir el concepto de cultura política de Almond y Verba, recurre a una definición propia, de tipo normativo y prescriptivo, en la cuál abiertamente se trata de subrayar el carácter contracultural y clasista de una posible cultura política de la clase obrera, con lo que se desplaza a otro ámbito la discusión, pues ya no se trata de individuos y ciudadanos, sino de clases sociales y ya no se aborda el papel de legitimación y estabilidad que aporta la cultura política, sino que se insiste en su carácter contestatario

En su conjunto, puede observarse como todas estas aportaciones tienen esta coincidencia conceptual: son enfoques clasistas, que observan los modos de apropiación y reconstrucción simbólica contestataria de estos grandes grupos sociales, y que se ubican en la línea del proyecto Gramsciano de estudiar como los dominados como grupo hacen sobrevivir su producción simbólica al interior de la hegemonía de la clase dominante. Es claro que bajo esta perspectiva, no se aborden los temas del ciudadano (como individuo que atraviesa todas las clases) ni la relación entre cultura política-

estabilidad social (que es vista como aportes culturales al orden social establecido) que son precisamente los que trata de explicar el concepto clásico de cultura política.

Estamos afirmando, en efecto, que la apropiación que ha hecho la antropología mexicana del concepto de cultura política, se caracteriza por sacar al concepto de sus ejes de funcionamiento (la gobernabilidad y la estabilidad del orden social) para el cual fue construido, y se le lleva a otros ejes para los cuáles no funciona correctamente (la cultura de clases sociales, la contracultura y la respuesta social).

No es casual que Roberto Varela capte como en estos estudios hace falta precisar el concepto de cultura política a usos más modestos, y que se observe agudamente que ha sido hasta ahora un concepto descriptivo más que analítico. Asimismo, subraya que se debía aclarar que es lo que buscamos con éste tipo de investigaciones, en especial si acaso no buscamos explicar el comportamiento político, de tal modo que la cultura sea la responsable de dicho comportamiento...

Habría que preguntarle a la antropología mexicana si acaso no es el momento entonces de iniciar estudios de cultura política sobre los ejes de la cultura cívica moderna, en base a individuos, bajo una lógica de generación de la estabilidad social, lo que no necesariamente significa que se realicen estudios apologéticos del orden social, ni se dejen de lado los aspectos utópicos y hasta contraculturales (de rechazo precisamente al orden establecido) y bajo identidades transversales tales como la de consumidores (Canclini).

CAPÍTULO II

LAS CRÍTICAS AL CONCEPTO CLÁSICO DE CULTURA POLÍTICA

1. LA CRÍTICA INTERNACIONAL AL CONCEPTO DE ALMOND Y VERBA

Publicado en 1963 y una vez que tomó carta de ciudadanía entre los estudios sobre comportamiento electoral, el trabajo *THE CIVIC CULTURE* recibió una gran cantidad de críticas que han permitido una mejor valoración de los alcances conceptuales y metodológicos de esta aportación.

Mariano Torcal señala cómo las críticas se han centrado en tres aspectos: “el concepto de cultura política; la supuesta relación existente entre esta última y el comportamiento de los ciudadanos ante el sistema político (incluyendo aquella que hace referencia a la pobre operacionalización de la variable independiente) y los tipos de cultura política, o más concretamente, un tipo determinado, el de la cultura cívica”. (Torcal, 1997: 235)

Un primer grupo de críticas provienen, según Torcal, de Barry, B con su obra *SOCIOLOGISTS, ECONOMISTS AND DEMOCRACY* (1970) y de Pateman, C. en sus artículos *POLITICAL CULTURE, POLITICAL STRUCTURE AND POLITICAL CHANGE* (1971) y en *THE CIVIC CULTURE: A PHILOSOFIE CRITIQUE* (1989), quienes destacaron el etnocentrismo y el sesgo ideológico de la definición sobre cultura cívica. Es etnocentrista porque se seleccionan cinco países (Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Italia y México) y se considera como las mejores democracias y más estables solo a las que existen en los dos primeros países dejando implícito que los regímenes políticos de Alemania e Italia en los años cincuentas eran menos democráticos que aquellos. Y tiene un sesgo ideológico porque la investigación se sustenta en una definición *NORMATIVA* de democracia que supone la necesidad de un equilibrio óptimo entre participación de los

ciudadanos y autonomía de las elites, donde los ciudadanos deben participar (pero no mucho) y obedecer (pero no acríticamente) con lo que se refuerza la teoría elitista de la democracia propia de los años cincuenta en Estados Unidos, de orientación conservadora.

Las críticas de estos autores también subrayan que la cultura política no sólo es condición de la estabilidad institucional, sino incluso, que la cultura política está en interacción con el sistema institucional de tal modo que los ciudadanos van aprendiendo a serlo conforme se van perfeccionando las instituciones.

Una segunda postura crítica proviene de aquellos que ven como insuficiente la noción misma de cultura que utilizaron Almond y Verba. Aquí destacan antropólogos como Edelman M. con sus obras *POLITICS AS SIMBOLIC ACTION* (1971) y *THE SIMBOLICS USES OF POLITICS* (1972), Geertz Clifford, *THE INTERPRETATION OF CULTURES* (1980), de Thompson J. B. *IDEOLOGY AND MODERN CULTURE* (1988). La crítica de este grupo va hacia la orientación de tipo conductista de la definición de cultura política, y hacia el uso de encuestas para la realización de estudios culturales. Proponen así un concepto de cultura más amplio, y también de cultura política, de tal modo que englobe a más esferas de la vida social y estados mentales, y que tienen una mayor autonomía respecto al sistema social observado así como del comportamiento del individuo. Para ellos los estudios de cultura política deben salir de su orientación funcionalista, que se expresa en tres aspectos, como son la “necesaria congruencia” entre sistemas políticos y culturales, la definición conductista y restrictiva de la cultura y la suposición de que la cultura se traduce mecánicamente en un determinado comportamiento unilineal. Desde la perspectiva metodológica también se cuestiona la ausencia de una visión hermenéutica para el tratamiento de tópicos culturales.

Una tercera crítica proviene de quienes se alejan de toda interpretación cultural del comportamiento político, y asumen una visión de tipo racionalista y hasta economicista. Nos referimos al Modelo de la Elección Racional (*RATIONAL*

CHOICE), y cuyos representantes son Downs con su obra *AN ECONOMIC THEORY OF DEMOCRACY* (1957), Olson M. *THE LOGIC OF COLLECTIVE ACTION* (1965) y en menor medida, en un enfoque que reconsidera cierto papel a la cultura, las obras de Riker W. y Ordeshook P. *A THEORY OF THE CALCULUS OF VOTING* (1968) y de Kinder, D.R. *DIVERSITY AND COMPLEXITY IN AMERICAN PUBLIC OPINION* (1983). Las posturas “duras” de Downs y Olson señalan que el comportamiento político responde solamente al cálculo racional de los individuos en base a sus intereses, por lo que estos actúan en búsqueda de la máxima ganancia o utilidad en cualquier decisión, al modo como se da el comportamiento económico. La cultura no sirve entonces para explicar un comportamiento en el cual la economía daría más pautas de explicación. Para Downs, el costo de votar es siempre superior al beneficio que se obtiene (el beneficio personal que se obtiene con la victoria de ese partido multiplicado por la probabilidad de que su voto cambie el resultado de la elección). Esto es, si el ciudadano se esfuerza demasiado, le cuesta más el votar que los resultados que obtiene.

Pero esta interpretación ya fue criticada por los culturalistas del comportamiento político, quienes pueden demostrar no solo que los ciudadanos van a votar en relativa mayoría, lo que sería así una “irracionalidad” bajo este enfoque. Por ello, en una posición menos dura están las concepciones de Riker y Kinder. El primero incorpora elementos culturales y psicosociológicos en su enfoque, ya que para él los beneficios de votar se encuentran en “actitudes y valores psicoculturales como satisfacción con el cumplimiento del deber cívico de votar, o afirmar el apoyo concedido al régimen democrático, mostrar las preferencias partidistas y reafirmando la eficacia personal que el individuo cree que tiene sobre el sistema político” (Riker y Ordeshook, 1968: 28, citado por Torcal).

Por su parte, Kinder insiste también en que las preferencias de los individuos no necesariamente son racionales, pues pueden ser también producto de la

afectividad. El conocimiento o la reflexión, así como la afectividad, orientan hacia las preferencias y toma de decisiones en los individuos, y una vez dadas éstas, opera la racionalidad que señalan Downs y Olson. Los individuos incluso pueden realizar simples evaluaciones afectivas de la vida política que pueden ser la base de reflexiones y revaluaciones cognitivas (Kinder, 1983:389).

Sin embargo, en uno y otro caso hay un sustrato común como es el de suponer, bajo un enfoque racionalista, que los individuos tienen en sí mismo las preferencias, como depositarios absolutos de las mismas, cuando están enraizadas en las relaciones sociales. Se deja así de lado el origen de desarrollo y cambio de tales preferencias, cuya investigación nos llevaría al ámbito supraindividual.

Una cuarta crítica al trabajo de Almond y Verba proviene de la perspectiva Marxista, que sostiene que la cultura política y las actitudes políticas tienen poca capacidad explicativa, son variables que dependen por el contrario de las estructuras económicas y sociales.

El origen y el cambio de actitudes esta entonces fuera de la misma cultura, en tales estructuras, por lo que no es necesario analizarlas. Metodológicamente dicho, la cultura política es una variable dependiente, por lo que las actitudes debían dejar paso al análisis del comportamiento político, y éste a su vez debía estar en función de los condicionantes y estímulos del sistema político. Esta visión terminó junto con la crisis del socialismo, y cuando se observó que factores como la religión, la nacionalidad y la etnia, todos ellos eminentemente culturales, estaban operando detrás del comportamiento y moldeando las actitudes de los ciudadanos ante el sistema, y que las *ACTITUDES* tenían una independencia respecto al comportamiento observado, de tal suerte que es en ellas de donde surgía el descontento, a pesar del comportamiento aparentemente conformista y disciplinado que se observaba.

Por otra parte, es importante observar cómo tales críticas ayudaron a potenciar el concepto de cultura política de Almond y verba. Ellos en su obra

POLITICAL CULTURE AND POLICAL DEVELOPMENT (1965) dan las primeras respuestas a tales cuestionamientos, y posteriormente en *POLITICAL CULTURE REVISITED* (1991). En el primer trabajo reconocen que sus tipos ideales se encuentran, en la realidad, combinados, de tal suerte que pueden convivir creencias y valores discontinuos y heterogéneos. Además establecen una definición más cultural y simbólica, como la siguiente: “consiste en un sistema de creencias empíricas, símbolos expresivos y valores que definen la situación en la cual la acción política tiene lugar” (Pye y Verba, 1965: 527) según nos refiere Torcal. En esta definición se aprecia que Verba va introducido junto al aspecto cognitivo, el simbólico y la socialización. Así es el entramado cultural de un grupo o sociedad la que en su interior tiene orientaciones (cognitiva) y creencias empíricas (aprendizaje y adaptación a cambios) como actitudes políticas, donde tal entramado es mucho más complejo que estas actitudes políticas. Verba reconoce que tal modo de entender la cultura política, más heterogéneamente, no pone en entredicho la estabilidad política del sistema.

Ahora bien, los mismos cambios políticos han llevado a que algunos aspectos del concepto inicial de cultura política se hayan ido relativizando. Por ejemplo, las movilizaciones políticas de los años sesentas en el mundo de las democracias establecían no una crisis de la estabilidad política, sino el uso normal pero intenso de las instituciones de representación y acción política de las mismas democracias representativas, como lo señalan Barnes y Kaase en *POLITICAL ACTION* (1988). Por su parte, el estudio de Inglehart *CULTURE SHIFT IN ADVANCED INDUSTRIAL SOCIETY* (1990) señala como han surgido con los cambios generacionales, también cambios culturales que han propiciado la formación de valores postmaterialistas en detrimento de materialistas en la nuevas formas de la sociedad postindustrial, y que ello ha propiciado el surgimiento de ciudadanos más informados que solicitan nuevos mecanismos de participación política que también son expresiones de la democracia representativa. En el mismo sentido están los

trabajos que revaloran el “capital social” de la sociedad civil, o de sus actividades y orientaciones cívicas de fin de siglo, que tienen que ver con el grado de eficiencia del funcionamiento institucional, pero que no se agotan allí, pues son el resultado de un largo proceso de “acumulación cultural” que no es alterable por el crecimiento económico o la prosperidad, como lo precisa Putnam en *MAKING DEMOCRACY WORK* (1993).

Por todo lo anterior, puede verse como tanto la propuesta como su crítica han permitido tener un concepto de cultura política más afinado, una vez que se le quita su orientación conductista y funcionalista que reducía la cultura a modelos básicamente cognitivos y asociados a una congruencia con la estabilidad del sistema político.

Hay que rescatar los nuevos ejes de la conceptualización sobre cultura política, que según Torcal serían:

1. No existen culturas y por tanto actitudes especiales que sean más favorables para la estabilidad democrática o para la plena existencia de la democracia.
2. No es precisa la existencia de actitudes políticas totalmente coherente entre sí, por lo que puede haber ciudadanos que formalmente apoyen al sistema democrático pero a la vez sean escépticos con respecto a las reglas del juego.
3. La participación política no es resultado solo de las actitudes políticas, sino también de las propias experiencias participativas y el modo como se evalúa el entorno político.
4. Es posible por tanto que las actitudes políticas de los ciudadanos puedan cambiar al paso de los años, por lo que el cambio de régimen propicia la resocialización o nuevos aprendizajes de viejas generaciones. (Torcal, 1997: 245)

Al respecto yo agregaría que, según las observaciones críticas que hemos recuperado, puede decirse también que:

- a). La cultura política no solo es heterogénea en sí misma, a su interior, sino también externamente, ya que ella pasa por las mismas discontinuidades que la Cultura Nacional en la que se encuentra inserta y en la cual han dejado huella factores como la religión, nacionalidad, etnia y el mismo “capital social cultural” acumulado por distintas generaciones.
- b). La cultura política tiene a su interior distintos niveles con relativa distancia entre sí (cognitivos, evaluativos, afectivos) que dan la apariencia de ser inconexa pero que tienen una lógica interna, cuya racionalidad es distinta en cada caso.
- c). La cultura política no es una “pieza del sistema” democrático sin más, que cumpla funciones de estabilización y legitimidad, sino que ella puede ser también un factor de promoción del cambio, o de su retraso.
- d). La cultura política no es sólo política, en el sentido de que muchas de sus orientaciones se explican por los factores culturales históricos y nacionales (Conquistas, Orgullo de nación, etc.).

2. LA CRÍTICA DESDE LA SOCIOLOGÍA MEXICANA

En cuanto a la crítica a la definición clásica desde la perspectiva sociológica es conveniente subrayar las observaciones de Torres y López, Gutiérrez, Lechner y Peschar.

Para Gerardo Torres y Rosalía López (1994) la investigación de Almond y Verba “solo se basó en las percepciones subjetivas del poder político y no indagó en el valor que podrían tener los procesos de socialización en la forma en que se adquiere la experiencia política puede dar pautas para un concepto más amplio de

cultura política que comprenda las particularidades de esta en el contexto regional y nacional” (1994: 87).

Por ejemplo, si Almond y Verba hubiesen considerado que en los años sesentas México era un país rural, con migración del campo a la ciudad, en el cual los pobres urbanos se van incorporando a los movimientos sociales, podrían haber observado rasgos muy particulares de cultura política de estos sectores, a partir de analizar sus experiencias de socialización política cuando participan en la gestión, demanda y movilización realizadas para acceder a los servicios básicos de una colonia popular que generan “experiencias en cierto modo distintas a la expresadas por el concepto tradicional de cultura democrática y no coinciden necesariamente con una cultura electoral” (p. 188).

Estas experiencias de socialización fomentan “la participación, las redes de solidaridad y los sentimientos de liberación y tolerancia, sobre todo, en los movimientos urbanos de los años ochenta”, lo que sería la base de una forma especial de la cultura de participación, pero por otra, esta misma dinámica no está exenta de las viejas “experiencias de liderazgo centralizadores que han sido típicos en la cultura política nacional”, por lo que habría que dar una “doble lectura” a estas formas de aprender a participar.

Con todo, los autores quieren subrayar que la experiencia de gestión social que llevan a cabo los marginados en las ciudades (que incluye actividades como asistir a juntas, asambleas, marchas, tomas de oficinas, redacción de oficios, trámites, etc.) son experiencias que “constituyen un acervo organizativo que se integra en un proceso de socialización de los grupos pobres y se incorpora como parte fundamental de la construcción de las creencias, percepciones y evaluaciones del sistema político”, por lo que las opiniones no se forman en la gente de modo aislado e individual. Esta tan fuerte este sentimiento y experiencias que la lucha incluye la formación de “un sentido de pertenencia e identidad de los participantes”

incluso de autoestima, todo lo cual es la base de las opiniones políticas y actividades electorales.

Aún así, insisten, esta socialización política no ha podido darse de un modo que deje de asociarse con el reforzamiento del presidencialismo, rasgo clave de la cultura política mexicana, que se hace visible desde el ángulo que correlaciona pobreza, gestión y sistema político.

Como observación, dejemos indicado que los autores si bien registran este cambio en el nivel micro de la cultura política, no alcanzan a ver que desde allí se pasa no al cuestionamiento del presidencialismo, sino al de la certeza que la participación electoral si puede propiciar la alternancia política del presidente del PRI. Y al parecer, las experiencias de socialización política micro en las familias, escuelas y comunidades van por el mismo rumbo, es decir, no cuestionan el presidencialismo, pero si abren paso a otros comportamientos electorales.

Esta naturaleza “mixta” de la cultura política es subrayada también por la crítica de Gutiérrez (1996) en un enfoque donde ésta no debe verse como una “imperfección” o un obstáculo al desarrollo de la democracia, sino por el contrario, es un “factor de estabilidad” que ya estaba en la concepción de Almond y Verba.

Para Gutiérrez, tal heterogeneidad debe por ello reconocerse e incorporarse en la misma definición de cultura política, como “síntesis heterogénea y eventualmente contradictoria de valores, conocimientos, opiniones, creencias y expectativas que conforman la identidad política de ciudadanos, grupos sociales u organizaciones políticas”. (1996: 43)

Esta definición se aparta de la clásica en dos aspectos: uno que incorpora como central la naturaleza mixta y heterogénea de la cultura política realmente existente, ya no la elimina en la forma como Almond y Verba lo hacen al momento de construir los tipos ideales y aún cuando reconocen su importancia. En segundo lugar, que reconoce como portadores de la misma a una “identidad política” de naturaleza social, que bien puede expresarse en personas pero también en grupos y

organizaciones. El portador ya no es así un individuo racional o no, sino una realidad social y simbólica que le trasciende.

Para Gutiérrez esta heterogeneidad es doble: la cultura cívica es mixta pues en ella hay rasgos de parroquial o de súbdito, en una combinación y proporción única en cada caso. Pero también es mixta la combinación de las tres dimensiones (cognitiva, evaluativa y afectiva) que constituyen cada tipo de cultura, por lo que puede encontrarse en el caso de la cívica, que hay un nivel alto de información, acompañada de valores autoritarios y de vínculos afectivos con líderes carismáticos. Esto tanto en el plano de las personas como de los grupos y movimientos sociales (principios democratizadores al lado clientelismo y providencialismo).

Y la centralidad de los conceptos de “identidad y sujetos políticos” permite a Gutiérrez remitirse primero a “la forma en que los sujetos se constituyen históricamente en tanto entidades heterogéneas y variables”, es decir, a las experiencias históricas de socialización política de una comunidad, que siempre es una experiencia en la que se cruzan cotidianamente normas, actitudes y creencias de diverso tipo y que dan carácter contradictorio a la subjetividad. En segundo término, le remite también al “tipo de factores culturales que dan cuenta de las modalidades de constitución” de tal sujeto e identidad política, así como de su funcionamiento, es decir, se trata de detectar el tipo de dispositivos ideológicos y simbólicos que configuran tales identidades o “ciudadanías políticas”, que se ubican en el espectro de modalidades entre el autoritarismo y la democracia. Los marcos culturales tienen un papel en la construcción de los sujetos políticos, otorgando orientación e inteligibilidad a sus acciones, proporcionándole las “explicaciones” y el “sentido” necesario para sus certezas.

Como se aprecia, la perspectiva de Gutiérrez nos ubica en un concepto de cultura política que reconoce la importancia de la heterogeneidad como parte de las tipologías, y del sujeto colectivo o la identidad política como portador de la misma,

dos aportes que permiten salir de la búsqueda de tipologías coherentes y de la visión conductista entre la cultura y el individuo. Sus ejes son así otros.

Podría pensarse que la reflexión de Lechner (1987) va en el sentido que la de Gutiérrez y Torres-Sánchez, esto es, la presencia de rasgos tradicionales al interior de la cultura cívica, sean de tipo parroquial o súbdito (Gutiérrez) o de corte presidencialista y carismático (Torres y Sánchez). Lechner señala que la noción de cultura política “a diferencia de la opinión pública”, se refiere a “pautas consolidadas a través del tiempo” que son así “establecidas y transmitidas mediante largos procesos de socialización”.

Hay en toda cultura política un “núcleo establecido de largo alcance” que opera como una matriz fuerte. Pero a la vez, esta cultura se va modificando, “simultáneamente la cultura política también incorpora permanentemente nuevas interpretaciones de la realidad”. Es necesario asumir una visión de la cultura política de carácter “histórico” para poder caracterizar su núcleo duro o estable, desde el cual se van “resignificando las aportaciones ideológicas coyunturales” como la de 1988, y que nos dan luz sobre los modos de comportamiento electoral y sus inercias.

De lo anterior Lechner saca dos conclusiones: 1) saber ponderar la relación entre pautas establecidas y las nuevas ofertas de interpretación aportadas por los “productores de sentido de diversa índole”; y 2) tener cuidado en los procesos de transición en que “resulta extremadamente difícil especificar en qué medida lo nuevo significa realmente una ruptura o es “una adaptación” de valores y hábitos arraigados. (Lechner, 1987)

Con esta perspectiva que rescata la dimensión “histórica” o de largo plazo de los núcleos duros del sentido político, Lechner se ubica de un modo más realista y crítico sobre la definición de Almond y Verba que, vista ahora comparativamente, se nos revela como una conceptualización sociologicista o psicologicistas. Y es que remitirse a la dimensión de largo plazo, es entrar al nivel macro, de las estructuras e

instituciones no sólo del sistema político, sino de la misma cultura general, dos aspectos que están implícitos en la definición clásica.

A estas alturas, nos queda claro que la coyuntura de 1988 fue leída muy optimistamente (emergencia de una sociedad civil participativa) cuando allí hubo viejos cuerpos colectivos, comunidades y movimientos sociales que estaban ejerciendo, desde su tradicional posición, una nueva pauta de acción, la electoral. Había más peso de comportamiento parroquial y súbdito que de ciudadanía, y más peso de lo afectivo-valorativo que de lo cognitivo.

A la vez que el proceso de transformación de los comportamientos tradicionales comenzó por lo micro (barrios, pueblos, movimientos sociales) y el 88 llegó a lo meso (reglas del sistema, leyes) pero no alcanzó –ni aún en el 2000- el nivel macro, el de las pautas de largo plazo. Hay aquí una heterogeneidad donde se combina una fuerte actividad en lo micro y meso, pero una lentitud en lo macro.

También queda claro como la definición clásica se finca en: a) una tipología pura; b) centrada en un esquema simple de cultura-acción; c) para el plano de individuos específicos como actores sociales; d) con dimensiones de comportamiento en tres niveles; y e) para períodos cortos de la vida social. Habría que preguntarse si acaso no estamos ante una definición clásica que se acerca más a otro fenómeno, el que los comunicadores llaman *OPINIÓN PÚBLICA*.

3. LA CRÍTICA DESDE LA ANTROPOLOGÍA MEXICANA

La crítica a *THE CIVIC CULTURE* de Almond y Verba desde los estudios de cultura política en México han sido diversas.

Desde la Antropología Mexicana destaca tempranamente el cuestionamiento de Esteban Krotz en el sentido de que se requiere pensar una cuarta dimensión, la *UTÓPICA*, sobre las tres que habían propuesto los clásicos (esto es la cognitiva, afectiva y evaluativa) para entender al concepto de cultura política. Esta cuarta

dimensión no se agregaría, sino que llevaría a reinterpretar aquellas (Krotz, 1985). Al mismo tiempo el autor subraya que es necesario considerar el proceso de trabajo y las relaciones que se establecen en torno a él, como un factor de importancia primordial para el análisis de, por ejemplo, la cultura política campesina.

En el mismo sentido está la observación de Guillermo de la Peña quien considera el concepto de cultura política clásico como restrictivo, por lo que prefiere el término de *MENTALIDAD* que es más inclusivo y con el que puede referirse a concepciones y normas sobre el parentesco y la religión, y los criterios que distinguen el bien y el mal, etc. (1990) a partir del cual propone cuatro tipos de cultura o mentalidad política, como son la clientelística, liberal, proletaria y comunitaria.

La crítica implícita de la definición de Roberto Varela a los clásicos está en su definición: “el conjunto de signos y símbolos que afectan las estructuras de poder” (1994). Son los signos y símbolos los que debe estudiar la cultura política, pues ellos son los que tienen funciones cognitivas (transmiten conocimiento e información), valorativas (portan valores y juicios) y afectivas (suscitan emociones y sentimientos), e incluso utópicas (expresan ilusiones, un deber ser).

De un modo implícito también, pueden considerarse los trabajos de Novelo y Nivón como propuestas críticas de la propuesta de Almond y Verba en la medida que ofrecen conceptos alternativos para entenderla, aún sin referirse a aquellos. Victoria Novelo (1984) se refiere por ejemplo a la cultura política en una sociedad de clases, analizando la cultura obrera como un conjunto de valores (explícitos o no) incorporado a formas de comportamiento del presente, pero que se plantean para el futuro como una aspiración. Es decir, Novel sugiere ya la idea de que la cultura política puede tener una dimensión inconsciente, o no explícita, y que a su vez conlleva aspiraciones o elementos utópicos como después nos precisa Krotz. Por su parte, Eduardo Nivón (1990) nos remite también a estudios de sector social (los marginados urbanos) y al problema de la legitimidad entre un régimen político

y el tipo de cultura política de sus ciudadanos, en este caso entre el régimen autoritario mexicano y una matriz cultural surgida desde abajo y que le sirve de soporte. Directamente dice respecto a la definición de Almond y Verba, que esta “se interesa más por las valoraciones y dispositivos psíquicos y culturales que orientan la actuación de los sujetos que por el contenido ideológico y la dinámica del sistema político al cual corresponden” por lo que propone despojar tal concepto de su contenido etnocentrista y por el contrario, debíamos resarcirle su verdadera carga cultural, remitiéndonos al mundo de la producción simbólica del orden social o de poder a que hace referencia. Esta resarcirle la carga cultural significaría entonces, si entendemos bien, construir un concepto de cultura política que implique los rasgos culturales de los procesos de dominación que históricamente se han dado en nuestro país.

De modo implícito estaría también la perspectiva de Adler-Lomnitz, (1989) quienes proponen recurrir al análisis de las ceremonias y rituales como ejes de la cultura política que permiten la reproducción del sistema político tradicional, fincado en la negociación de intereses. Por ello estudian la campaña electoral de 1988 como un ritual en el que se van negociando posiciones, afirmando el poder del presidente futuro, y a la vez reafirmando el gran pacto de las elites y de sus formas de negociación. Esta perspectiva sin duda plantea un esquema de análisis alternativo de la cultura política. Y en esta línea ubicaríamos a Susana Estrés quien propone ligar cultura con identidad democrática, y que tiene ésta un “núcleo ético duro” (ser honesto y responsable) y se finca en relaciones de reciprocidad o intercambio de actitudes basadas en la confianza hacia los representados y en la fe a los representantes, sobre todo en la dinámica de los movimientos sociales.

Como se observa, la antropología mexicana ha sido directa o indirectamente crítica de la definición de cultura política que nos da Almond y Verba. Vista en su conjunto, las observaciones serían de tres tipos: 1.- La cultura política no sólo debe verse a partir de los ciudadanos individuales, sino de grupos sociales y

comunidades, por lo que es necesario analizar la cultura política de los obreros, los pobres urbanos, los indígenas, los movimientos sociales y los grupos religiosos. Este reclamo no es casual en una sociedad heterogénea y desigual como la mexicana. 2.- La compleja subjetividad asociada a la política no puede abarcarse con una visión cognitiva, sino que requiere un bagaje conceptual más amplio, que de cuenta de dimensiones más profundas, como la utopía, la mentalidad, la identidad, el ritual y la ceremonia, las ideologías, etc., así como su expresión en signos y símbolos. La subjetividad asociada a la política no se abarca con una definición de cultura política en el sentido de un simple conjunto de valores, actitudes y emociones, como señalan los clásicos. Aquí se puede observar entonces como hay un abordamiento culturalista de los fenómenos políticos, muy rico en consecuencias. El tercer señalamiento sería que se busca asociar la cultura política no sólo con la estabilidad, sino con la legitimidad y la reproducción del sistema, de tal suerte que tal concepto de cultura política permita conocer la trama de significados que hay detrás de la negociación, la renovación de pactos entre élites, o bien la subjetividad que está tras los apoyos que dan los marginados de las urbes y de donde obtiene tanta legitimidad el régimen político mexicano

Habría que preguntarse también si no acaso la antropología mexicana va “llenando de cultura” a tal concepto, arraigándolo en los modos culturales que derivan de las instituciones mexicanas como familia, la religión, o del funcionamiento político institucional del sistema que propicia el clientelismo, el corporativismo, la reciprocidad, etc.

Una discusión que sin embargo no está suficientemente abordada por la antropología mexicana es si no se está convalidando el modelo de pensamiento-acción, valoración-acción que está en la propuesta de Almond y Verba, pues al parecer, a excepción de Varela, hay una aceptación tácita de que la cultura “orienta” el comportamiento, al modo como lo plantea el conductismo. Es Varela quien deja la aguda pregunta: “¿buscamos explicaciones del comportamiento político de tal modo que la cultura sea la responsable de dicho funcionamiento?” (1994: 139)

CAPÍTULO III

HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO MODELO DE ANÁLISIS DE LA CULTURA POLÍTICA EN MÉXICO

La construcción de un nuevo modelo de análisis debe partir del reconocimiento crítico de los aportes que se han hecho en el estudio de la cultura política. Para ello debemos hacer un breve recorrido sobre las distintas disciplinas que se han preocupado por discutir e investigar esta temática, subrayando ahora cuáles podrían ser sus aportes, así como los supuestos y ejes de análisis en que se basan. Una vez hecho esto pasaremos a precisar nuestra propuesta.

1. HACIA UNA REFORMULACIÓN DEL CONCEPTO DE CULTURA POLÍTICA DESDE LA PERSPECTIVA DE LA ESFERA PÚBLICA

Podemos proceder a tratar de reformular el concepto de cultura política desde la perspectiva de la Esfera Pública como concepto sociológico.

Para ello retomemos como punto de partida que al momento de ser construido el concepto clásico de cultura política, su orientación y supuestos estaban acordes con la realidad política de su momento, esto es, la posguerra en la cual se trataba de afianzar los regímenes democráticos amenazados.

Dicha orientación conceptual fue hacia la dilucidación de los aportes o contribuciones que debía hacer la cultura política necesaria para dar larga vida a los sistemas democráticos triunfantes. Los comportamientos individuales en ese sentido, debían ser cultivados por una sociedad vía la familia y la educación, que reforzarían la orientación de las múltiples asociaciones que caracterizaban a las democracias anglosajonas.

Esta preocupación ha llegado también a los países que ya no a mediados, pero si desde el tercer período del siglo XX comenzaron a transitar a la democracia, proviniendo desde distintos regímenes autoritarios, y se aceleró en la década de los ochentas. Aquí los cambios de comportamientos hacia posiciones y acciones más civiles, llevó a pensar que la cultura política estaba cumpliendo su papel y que se requería reforzarla para que ayudara a completar la transición a la democracia. Por ello, el concepto prácticamente se percibe y utiliza con la misma orientación que en los años cincuentas.

Sin embargo, para el fin de siglo nos encontramos en medio de una doble circunstancia: en países como México hoy ya no solo se trata de transitar a la democracia, sino de elegir la calidad de vida democrática a la que deseamos y podemos acceder. Y por ello, en circunstancias distintas, donde están surgiendo movimientos sociales, mayor peso de los medios de comunicación en la socialización política, mayor calidad de la conceptualización sobre la acción política, estamos en la necesidad de replantearnos un concepto de cultura política mucho más exigente y actualizado. Para lograr esto, acudiremos a la teoría de la Esfera Pública, la Sociedad Civil y la Acción Comunicativa que proviene de Habermas, Arato, Melucci, Avritzer y Olvera.

El concepto de cultura política ya no sería útil sólo para lograr la estabilidad del sistema democrático en construcción, sino para darle una mayor calidad al proceso en términos de su fuerza y contenido comunicativo; supone dejar de mirar a la sociedad solo en función de individuos para mirarla en relación a una pluralidad de identidades colectivas (asociaciones, movimientos sociales, redes); entender los procesos de socialización política ya no solo limitados a la familia y a la escuela sino considerando en ellos a los medios de comunicación; y lo más importante, determinar que la cultura política no es sólo un conjunto dado de signos y símbolos que dan significado a la acción política, sino que la calidad de estos signos y símbolos depende mucho del tipo de interacción comunicativa que se da en las

esferas públicas, donde los ciudadanos se convierten en públicos y en donde es muy importante la ética de la construcción del discurso comunicativo y el cumplimiento de una serie de normas que garantizan el intercambio libre y racional de signos y símbolos respecto al quehacer político.

Una apreciación de esta naturaleza nos coloca en un concepto cualitativamente distinto de cultura política, rompiendo con sus orientaciones y supuestos básicos.

Veamos esto con más detenimiento:

1. La primera operación que debemos realizar es trasladar el campo de visualización de la cultura política desde lo electoral hacia la vida cotidiana, esto es, al curso normal de las vivencias de las personas, donde hay una *DENSIDAD* de tipo asociativo y de producción de significados mucho mayor y más estable que contextualizan a los momentos electorales de la vida política. Como es sabido, incluso por estudios de mercado o marketing político, muchas de las decisiones sobre por quién votar se toman antes del proceso electoral, por lo que la construcción de esta misma se da en lo que en adelante llamaremos *ESFERAS PÚBLICAS*, siguiendo a Arato.

Esta esfera pública, que son los clubes, asociaciones y grupos informales que operan en la vida cotidiana de las sociedades modernas, en donde hay una separación entre lo público y lo privado, y se dan procesos de intercomunicación libre y racional, que producen en relaciones cara a cara, acuerdos y consensos, confrontaciones y convencimientos, es para nosotros el *ESPACIO CONSTITUTIVO DE LA CULTURA POLÍTICA EN CUALQUIERA DE SUS TIPOS (PARROQUIAL, SÚBDITO, CÍVICA)*, pero especialmente el de la cultura cívica.

Habermas estableció la identificación de esta esfera siguiendo el modo como la burguesía europea del siglo XVIII y principios del siglo XIX habían logrado hacer circular nuevas ideas sobre el poder absolutista, recurriendo a una serie de clubes, cafés, círculos literarios y grupos informales en los que los *INDIVIDUOS PRIVADOS SE REUNÍAN A DISCUTIR ASUNTOS PÚBLICOS*, discusión que se daba en un ambiente de libertad, de igualdad formal de los participantes, de una actitud o disposición a debatir racionalmente para llegar a un acuerdo, y a enfrentar la calidad de los argumentos para dejarse convencer.

Por supuesto, estas condiciones sólo se lograban en la burguesía, no sólo porque ella estaba libre de preocupaciones materiales sino porque también gozaba de los recursos legales para sentirse formalmente igual a los otros (eran precisamente “ciudadanos”) y además habían tenido acceso a la educación y a la información, y por supuesto, contaban con el tiempo libre para poder poner en ejercicio sus habilidades cognitivas y retóricas, de tal suerte que, ante la ausencia de intereses materiales de por medio, podían dejarse convencer por la calidad argumentativa de las ideas de los otros.

Subrayo todos estos elementos porque ellos nos indican cómo el estudio de Habermas se refiere entonces más a la burguesía ilustrada, es decir, a los intelectuales de la época, que a los industriales y comerciantes propiamente dichos, que sin duda tenían muchos intereses que defender y que no podían dejarse convencer tan fácilmente siguiendo sólo el criterio de la calidad de la argumentación, pues tenían fuertes intereses que defender y para lo cual existía precisamente un discurso ideológico.

Por supuesto que del caso que hemos señalado, podemos leer entre líneas que estas condiciones de la esfera pública son difíciles de encontrar también más allá de los burgueses como ciudadanos, digamos entre

obreros y campesinos que al igual que la burguesía tiene intereses que satisfacer.

Con todo, el concepto de *ESFERA PÚBLICA* si bien ha sido criticado por su falta de historicidad o excesivo formalismo, no deja de tener un rasgo *NORMATIVO*, que deseamos recuperar.

Para mi perspectiva, *LA ESFERA PÚBLICA ES EL LUGAR DE CONSTRUCCIÓN DE CONTENIDOS DE LA CULTURA POLÍTICA EN SUS DISTINTOS TIPOS, ES EL ESPACIO EN DONDE CIRCULAN, CONSUMEN, RECONFIGURAN Y APROPIAN LOS SIGNIFICADOS DE LA ACCIÓN POLÍTICA, TANTO CIVIL COMO ESTATAL.*

Hoy y aquí, esto se da de un modo más complejo: a los cafés, clubes, asociaciones y grupo informales que se daban en Europa, hay que agregar los sistemas de parentesco, la familia, los grupos comunitarios, religiosos, las ceremonias y las fiestas, tan propias de la cultura barroca latinoamericana. También hay que añadir las redes sociales y cuasi grupos informales que atraviesan estas instituciones, a los movimientos sociales y a diversas asociaciones civiles y políticas. Por supuesto, hay que incluir allí al sistema educativo y a los medios de comunicación. Todos ellos tienen de una forma un papel que cumplir en la circulación de reapropiación de significados de la acción política o de la vida política.

Constituyen el nivel de la *MICROESFERA PÚBLICA* (Olvera) propia del ritmo de la vida cotidiana, que ofrece, por supuesto, distintas condiciones y garantías para la construcción libre y racional de signos y símbolos políticos. Así, por ejemplo, en función del contexto cultural mexicano, corresponde a la familia, incluidos los sistemas de parentesco, así como las comunidades, un papel central en la generación de

opiniones, por encima de la escuela, los partidos, los medios de comunicación. Y ya no se diga en relación a los clubes, asociaciones y círculos literarios tan escasos en la sociedad mexicana. En la **MICROESFERA PÚBLICA MEXICANA HAY ASÍ JERARQUÍAS** en las instituciones que son **GENERADORAS DE SENTIDOS**, que se corresponden con las características de la organización social y la vida cultural del país.

Pero además, en estas instituciones cotidianas generadoras de sentido hay distintas condiciones para poder construir libre y racionalmente procesos de intercomunicación. Así, si bien en la familia y la comunidad, que tienen un lugar central, se da el grueso de la producción y reconfiguración de significados, y esto se hace en relaciones cara a cara, bajo un esquema de igualdad costumbrista –no formal- y en medio de una fuerte cultura de tradiciones orales, que propicia una cierta disposición a participar en el diálogo, cumpliendo con ello de modo especial algunas garantías del debate racional de ideas, esto no se logra completamente porque a la vez allí están operando urgentes necesidades de orden material, la limitación de la libertad de participación y expresión debido al carácter estamentario y socialmente jerárquico de la autoridad (patriarcal en la familia, caciquil en la comunidad) y a la ausencia de una plena alfabetización y educación que permita las habilidades necesarias para discutir lógica y racionalmente, con acceso a estructuras racionales de conocimiento, dándose en todo caso, **UN DEBATE BAJO FORMATOS LÓGICOS DEL TIPO QUE NOS DESCRIBE LEVI STRAUS** en su obra **“EL PENSAMIENTO SALVAJE”**, es decir, con una lógica cualitativa y en función de imágenes y no de corte analítico-racional, lo cual no demerita en nada que coincidan en sus resultados, en los modos como construyen los significados de la vida política.

En la Micro Esfera Pública Mexicana hay entonces jerarquías y cumplimiento parcial de las condiciones del debate racional, que sin embargo, no por ello dejan de asumir la necesidad de discutir los asuntos colectivos.

En estos espacios no se reúnen entonces *INDIVIDUOS PRIVADOS* tal cuales, para discutir asuntos *PÚBLICOS*, sino que en la medida que se esta construyendo un sociedad civil y que la democracia nos comienza a plantear posibilidades de asumir lo *PÚBLICO* aún en ciernes, lo que tenemos son *REUNIONES DE MIEMBROS DE COMUNIDADES QUE PERSONALMENTE DISCUTEN* los asuntos que afecta a todos o son *COMUNES* y *COLECTIVOS*, y que comienzan a ser públicos. Un ejemplo del peso de esta realidad esta en el descubrimiento de quien observó como en los procesos electorales de México se combinan dos culturas: la de la *COMUNIDAD* (donde se discutía por quién votar colectivamente) y la *CIVIL* (donde se acude a votar uno en uno), de tal modo que los electores que votan individualmente, previamente habían decidido por uso y costumbre por quién votarían colectivamente. Y esto se da también en términos familiares y de redes sociales con una mayor frecuencia que la que pensamos.

Es tan fuerte este sustrato cultural que influye también en el modo como se apropian las personas de los mensajes de los medios de comunicación de masas, y en menor medida de los mensajes y opiniones que provienen del sistema educativo, ante el cual parece que la familia y la comunidad son más perceptivos, lo cual no elimina que la escuela en sí misma sea aún una institución no plenamente racional, sino guiada por su carácter público o privado (que por ello tienen una función política o ideológica que cumplir).

2. Desde la perspectiva de la esfera pública, los individuos dejan de serlo en cierto modo para ser considerados como integrantes de “redes, grupos, cadenas informales de gente interrelacionada, que por tanto no son conjuntos de individuos aislados sino que son parte de una “red” (Melucci) o que bien podrían ser “grupos y cuasi grupos”, en sentido antropológico, que constituyan los “niveles intermedios” entre los individuos y las asociaciones o los movimientos sociales.

Y de este modo, la sociedad civil no parece plana y homogénea, como un conjunto de individuos aislados, simbólicamente unificados por instituciones productoras de sentido tales como las asociaciones civiles, la escuela o la familia, sino que la visualización de la sociedad civil se hace más compleja, con *NIVELES* (individuos, redes, cuasigrupos, asociaciones informales, asociaciones formales, familia, grupos secundarios, etc.) de organización social distintos, donde se va *TRASLAPANDO LO PRIVADO Y LO PÚBLICO* de diverso modo y con distinta profundidad.

Ya no estamos ante un individuo que se enfrenta a las producciones simbólicas del sistema sino ante una red compleja de cadenas informales, de gente interrelacionada, en la cual las personas interactúan comunicativamente de modo múltiple e intermitente, y en la que se resignifican los mensajes, signos y símbolos que provienen de distintas fuentes del sistema político, por lo cual estos se ven finalmente reapropiados de modos diversos y a veces con sentido contracultural.

La sociedad civil requiere entonces ser analizada en todos estos niveles informales y formales, continuos y discontinuos, en medio de los cuales se resignifican el total de los mensajes de todas las fuentes, civiles o estatales. También requiere ser analizada en términos de su densidad asociativa y su calidad comunicativa.

A la vez, desde la perspectiva de su calidad comunicativa, esta red compleja de cadenas informales de gente interrelacionada puede a su vez configurarse en calidad de *PÚBLICO AMPLIO*, ó, como dice Arato, estamos ante “un público civil general” que es para el “la sociedad desincorporada”, que es “amorfa”, que ejerce formas amplias de comunicación pública”, con poco poder de decisión, pero capaces de influir a otros públicos: al público civil más especializado (de la ciencia, del arte, de las humanidades, etc.); o al público político (grupos políticos, partidos, gobierno); o a públicos civiles especializados (movimientos sociales, grupos de interés, clubes, asociaciones, etc.), que ellos sí tienen influencia sobre las decisiones. (Arato)

Reconfigurar a esta red compleja de cadenas informales de gente interrelacionada en la categoría de *PÚBLICO AMPLIO*, implica visualizar que la circulación de valores, signos, símbolos, a los que se refiere el concepto de cultura política, no es un simple proceso entre dos entidades (el sistema y mi identidad política, en la que participo) sino entre una compleja *RED DE PÚBLICOS* (público civil general, públicos especializados, públicos políticos, públicos culturales también, según Avritzer), en cuyos circuitos se generan, circulan, reconfiguran y reapropian a nivel de identidades colectivas, los distintos significados de la vida civil y política.

Y por ello, que las ideas, valores, signos y símbolos están moviéndose de un público a otro, resignificándose continuamente, bajo complejos procesos que no escapan, por supuesto, a las lógicas de dominación y control ideológico, o a las de hegemonía cultural, o a las de contracultura alternativa.

En estos distintos públicos, pero especialmente en el general y en el civil y cultural (Arato, Avritzer), los acontecimientos políticos, los valores y

juicios, van siendo reflexionados, evaluados conforme a la experiencia propia y ajena, “comparándose y nivelándose” (Avritzer).

3. En esta perspectiva, es muy importante mirar a la cultura política no solo como un conjunto de valores, signos, símbolos que afectan al poder y dan significado a la acción de los individuos, sino que más allá de esta visión plana y conductista de la subjetividad, en un esquema lineal de valor-acción, interesa ver cómo se da el intercambio y apropiación de tales signos, y símbolos del mundo político, y especialmente si en ese proceso hay una normatividad y una ética de la construcción del discurso cultural-comunicativo sobre aquél.

Se trata de pensar que la cultura política, como cualquier otro discurso comunicativo, es asimilada en un plano de igualdad o desigualdad en las discusiones sobre los significados de los valores, signos y símbolos en juego, con libertad o sin ello y, de modo racional y deliberativo. Si se genera en medio de exclusiones, restricciones, jerarquías y desigualdades, o bien si esto se da en el marco de procedimientos que suponen la simetría, la reciprocidad y la flexibilidad. (Habermas)

Se trata de saber entonces cómo se articulan las discusión pública libre y racional con la construcción de culturas políticas que sustentan las identidades colectivas.

Desde esta perspectiva, podemos mirar de otra manera la distinción entre cultura política tradicional y la cultura política cívica-democrática. Ahora, la cultura política tradicional, súbdito-parroquial, será aquella que, independientemente de sus contenidos (izquierda, centro, derecha; estatistas o asociativa) implique procesos de transmisión e interacción comunicativa sin el cumplimiento de una normatividad sobre libertad, igualdad, argumentación y racionalidad, y que por ello implique exclusiones, jerarquías y desigualdades. Y la cultura política cívica-

democrática será aquella que cumpla con los supuestos normativos de la comunicación y con los principios de simetría, reciprocidad y reflexividad.

Se podrá argumentar que esta es una exigencia muy alta para la cultura política, pues así incluso, el tipo de cultura cívica de Almond y Verba no puede cumplir con tal exigencia. Y efectivamente, lo es. Pues se trata de plantear una *DEFINICIÓN NORMATIVA* de cultura política, que nos permita elevar la calidad de lo que estamos entendiendo por cultura política democrática y a la que aspiramos, efectivamente. Aquí ya no importa tanto si “estamos orgullosos y participativos en nuestras instituciones estatales”, ni si sólo elegimos sino también vigilamos a nuestros gobernantes, sino aún más, de saber si esto lo hacemos mediante un proceso de convencimiento dialógico, racional y crítico, bajo interacciones comunicativas con garantías, o si es resultado esta actitud de la presión, la coacción, la desigualdad, etc., o de un interés que proviene del dinero o del poder.

Sabemos que para un político práctico y un mercader publicista, esto es justamente lo menos importante. Pero no lo es para quienes quieren convivir en medio de un sistema político democrático de calidad, que precisamente no nos pueden ofrecer nunca aquellos.

Con todo lo anterior, podríamos ahora definir a la *CULTURA POLÍTICA COMO EL CONJUNTO DE SIGNOS Y SÍMBOLOS CONSTRUIDOS EN LA ESFERA PÚBLICA, QUE ORIENTAN HACIA EL DEBATE PÚBLICO, DAN SIGNIFICADO A LAS ACCIONES PRÁCTICAS Y COMUNICATIVAS DE LOS DISTINTOS PÚBLICOS, Y ASÍ INFLUYEN EN LAS DECISIONES POLÍTICAS Y ELECTORALES DE LAS PERSONAS Y DE ESTE MODO EN EL SISTEMA DE PODER.*

Por supuesto, de esta definición general deben derivarse otros *TIPOS* de cultura política, distintos a los que hemos visto hasta ahora, y una fuerte distancia hacia la opinión pública, que es el campo que contextualizó al concepto clásico de cultura política

Desde la perspectiva de la esfera pública se puede entonces tratar de construir una tipología distinta de la cultura política, fincada en criterio ya no del modo de percepción del Estado, o de los tipos de participación, sino de *LOS TIPOS DE NORMATIVIDAD ESTABLECIDOS PARA LA INTERACCIÓN COMUNICATIVA QUE CONSTRUYE LOS SIGNIFICADOS* que se expresan en cada cultura política; en la ética del discurso que allí se sigue y en el menor o mayor control de los códigos de información que requieren ser manejados, e incluso desde el tipo de públicos que detentarían tales interacciones comunicativas.

Así como no todas las esferas públicas son democráticas, tampoco lo son las nuevas tipologías de cultura política.

Podemos comenzar con una definición exigente de cultura *CÍVICA*: es el conjunto de signos y símbolos sobre la vida política que ha sido adquiridos por los actores cumpliendo los principios procedimentales de la ética del discurso (simetría, reciprocidad, reflexividad) accediendo libremente a la información y a las capacidades de creación de significados, controlando por ello los códigos de información, que son procesadas en un contexto de alta porosidad de los públicos intervinientes.

ES EL CONJUNTO DE SIGNOS Y SÍMBOLOS SOBRE EL MUNDO POLÍTICO QUE HAN SIDO ADQUIRIDOS POR LOS ACTORES DE IDENTIDADES POLÍTICAS CUMPLIENDO LOS PRINCIPIOS PROCEDIMENTALES DE LA ÉTICA DEL DISCURSO (SIMETRÍA, RECIPROCIDAD, REFLEXIVIDAD), BAJO CONDICIONES DE IGUALDADA FORMAL DE LOS

PARTICIPANTES, QUE REUNE VOLUNTARIAMENTE A LOS INDIVIDUOS PARA INTERCAMBIAR INFORMACIÓN, JUICIOS Y OPINIONES, Y CON LO CUAL CONSTRUYEN RACIONALMENTE NUEVAS REPRESENTACIONES POLÍTICAS, IMÁGENES, SIGNOS Y SÍMBOLOS QUE DARÁN SIGNIFICADO A SU VIVENCIA POLÍTICA Y ORIENTARÁN SUS ACTITUDES Y COMPORTAMIENTOS.

Evidentemente, una definición así de cultura política cívica y democrática es eminentemente *NORMATIVA*, en el sentido de que difícilmente se encontrará en la realidad, pero que nos permitirá la orientación de nuevas prácticas políticas y nuevos discursos sobre la acción ciudadana de mayor calidad.

Una característica central de esta definición es que en ella cuenta mucho la calidad de los procedimientos como se obtuvieron las representaciones, valores, imágenes de juego, que deben cumplir un mínimo de requisitos, y que además, colocan al concepto en la dimensión constructivista, como una acción voluntaria, racional, libre de creación de significados mediante el debate público.

Esta cultura cívica ya no está entonces “colonizada” por las fuerzas del dinero (mercado) como la opinión pública y el marketing político, y tampoco por la colonización desde el Estado (mediante los mitos, las ideologías, los rituales fundadores, etc.), sino que se percibe a sí misma como una cultura política *PÚBLICA Y AUTÓNOMA*, capaz de autoconstituirse en un *AGENTE GENERADOR DE SENTIDOS Y SIGNIFICADOS* de modo independiente al mercado y al Estado.

No es entonces una cultura política en donde el peso del pasado, sea la historia y la tradición, sea el Estado o el Mercado, pueden determinar los alcances de la participación y de la construcción de significados, sino que es plenamente activa y autónoma respecto a estos campos.

Desde tan exigente definición normativa, podemos diferenciar a las otras culturas no cívicas ni suficientemente democráticas, con la siguiente definición:

LA CULTURA POLÍTICA TRADICIONAL ES EL CONJUNTO DE SIGNOS Y SÍMBOLOS ESTABLECIDOS SOBRE EL MUNDO POLÍTICO, QUE HAN SIDO ADQUIRIDOS POR LOS ACTORES EN IDENTIDADES POLÍTICAS, BAJO CONDICIONES DE DESIGUALDAD, JERARQUÍA Y EXCLUSIÓN EN MAYOR O MENOR INTENSIDAD, Y CON LO CUAL SE CONSTRUYEN O REPRODUCEN PSICOLÓGICA Y AFECTIVAMENTE REPRESENTACIONES POLÍTICAS, IMÁGENES, SIGNOS Y SÍMBOLOS QUE DAN SIGNIFICADO A LAS VIVENCIAS POLÍTICAS Y A LAS ORIENTACIONES DE ACTITUDES Y COMPORTAMIENTOS DE DICHS ACTORES.

Con esta definición, quedan clasificadas como tradicionales no sólo las culturas parroquiales y súbdito, sino incluso, la cultura cívica que nos indicaba Verba. Es decir, los tres tipos clásicos de cultura política pueden ahora ser de pronto vistos como una sola cultura política, un solo tipo, el *TRADICIONAL*.

Y a mi juicio, las tres son parte de un solo tipo, *TRADICIONAL*, en la medida que no cumplen (como la cultura parroquial o súbdito) o cumplen con baja calidad (como la cultura cívica) con las exigencias de una mayor calidad de la democracia.

Por supuesto, que esta definición de la cultura política tradicional puede desdoblarse en dos más, en un sentido de gradación. Pero para efectos de la construcción de una sociedad más democrática, cualquiera de las otras definiciones que se pudieran desplegar son un solo punto de partida.

Las dos definiciones que hemos establecido bastan entonces para englobar alternativas normativas a la cultura política.

2. LOS NIVELES DE ANÁLISIS MACRO, MESO Y MICRO SOBRE CULTURA POLÍTICA

a) En el nivel *MACRO* encontramos efectivamente las dimensiones más *DURAS* o *ESTABLES* de una cultura política, aquellas que se forman en procesos de largo plazo a partir de la conformación histórica de las sociedades y de procesos de socialización de largo plazo, por lo que su ritmo va de una generación a otras. Este es el espacio entonces de las mentalidades, el *IMAGINARIO POLÍTICO* y los *MITOS*.

Desde esta perspectiva, que compete indudablemente a sujetos colectivos y a identidades sociales, se puede hacer, como señala Echegoyen, una “ampliación cualitativa del concepto de cultura política”. En principio conviene recuperar el concepto de *MENTALIDADES* de la historiografía reciente y trasladarlo a las ciencias sociales, ya que éste “concepto genérico de mentalidad les provee de una categoría analítica en la cual se engloban las representaciones simbólicas colectivas (conscientes o no) detentadas, transmitidas, preservadas y elaboradas continuamente por diversos grupos sociales, y que orientan los comportamientos y elecciones colectivas de los mismos”. (Echegoyen, 1998:501)

Rescatar esta categoría permite que el concepto de cultura política recupere sus vínculos con procesos sociales más amplios, como la religión, el parentesco, el caudillismo, como nos dice también De la Peña.

Pero también en este nivel macro encontramos al *IMAGINARIO POLÍTICO*, cuya definición retomamos de Gilabert: “La dimensión imaginaria nos remite, valga la redundancia, a la capacidad de imaginar y a las condiciones en que se despliega tal capacidad. Asumimos que el orden del imaginario es una condición estructural de la

conciencia; no lo abordaremos como una facultad psicológica, sino como una recuperación de esquemas vividos vueltos hacia el futuro de cómo conciencia anticipatoria. En este sentido, el imaginario que nos interesa está marcado por concepciones arquetípicas acaso trascendentalistas, pero definitivamente inmanentes en el curso de las prácticas sociales”. (Gilabert, 1993:19)

Para el autor, el imaginario sociopolítico centra su desarrollo teórico en una noción de sujeto colectivo, donde el sujeto psicológico se replantea de otra manera pues se desdibuja en los “campos de acción regulativos o en los modos de construcción de la subjetivación que, a través de estrategias discursivas, reconstruye, crea o instituye identidades políticas”. (p. 20)

Y en este sentido, la cultura política refleja también la disputa del poder en el nivel imaginario: “la cultura política designa la forma de representación de la sociedad a partir del modo en que se ejercita y disputa el poder en el nivel imaginario, es decir, es un conjunto de imágenes, símbolos, representaciones con el cual la sociedad organiza –y reorganiza- sus prácticas políticas, con base en ideas predeterminadas de lo que es el poder, la manera y los hechos en que éste se funda, se ejerce y se transmite, así como la vinculación entre quienes detentan el poder y quienes lo padecen”. (Gilabert, 1993:48)

De lo anterior conviene subrayar dos rasgos:

1. El *IMAGINARIO POLÍTICO* coadyuva a organizar y desorganizar las prácticas políticas. Éste tiene entonces dos dimensiones, una la del *IMAGINARIO INSTITUIDO* que ayuda a convalidar y legitima el orden establecido, con base a mitos de origen, del pacto, de anulación de un caos preexistente, de fundación de nuevos tiempos y de nuevos beneficiarios. La otra es la del *IMAGINARIO INSTITUYENTE* que induce a la utopía desigual en el origen, que pone en juego nuevos mitos

de reordenación, igualación, justicia y libertad, de fundación de nuevos tiempos y beneficiarios.

2. Este imaginario opera en base a imágenes y símbolos en sentido de *ARQUETIPOS*, en “ideas predeterminadas” de lo que es el poder, el modo como se funda, se ejerce y se transmite el modo vinculación entre quienes lo detentan y los que lo padecen. Estos arquetipos están así asociados a mitos de larga duración que difícilmente pueden ser reformulados en experiencias aisladas.

Gilabert nos remite a reflexionar sobre los límites de los movimientos sociales precisamente a causa de su *POBRE IMAGINACIÓN* para lograr consolidar alguna conquista. Nosotros recordaríamos como un movimiento social, el de los pobres urbanos en el Distrito Federal, si bien es capaz de un lado de desplegar una gran cantidad de movilizaciones, éstas se detienen precisamente ante la imagen del Presidente.

Y en efecto, aquí conviene llamar la atención sobre 4 problemas del imaginario social y político en México, de larga duración:

1. Tener desde 1521 una “*SOCIEDAD FRACTAL*” en la que se yuxtaponen brutalmente dos mundos, el de los invasores y el de los vencidos y que genera:
 - a) una sociedad barroca o híbrida;
 - b) un imaginario también barroco o híbrido;
 - c) una recepción fragmentada entre culturas permanentemente enfrentadas; y
 - d) un *PASO DEL BARROCO A LA POSMODERNIDAD*. Nos dice Echegoyen parafraseando a Gruzinski:

“Bajo el barniz del liberalismo, el positivismo y la laicidad, los imaginarios religiosos perduraron y experimentaron nuevos cambios bajo la influencia de un clero que logró conservar mucha influencia... la ausencia en México de una Revolución Industrial, de alfabetización, de democratización, al estilo europeo, dejó espacios vacíos que los antiguos imaginarios barrocos siguieron ocupando antes de ser parcialmente sustituidos por los universos creados por la imagen cinematográfica y electrónica.” (citado por Echegoyan, p. 505)

2. Tener también desde entonces un *ESPÍRITU CENTRALISTA* en el sistema político o de dominio, a causa de la ausencia de una tradición feudal, de disidencias religiosas o de revolución industrial. Estos da “constantes” de largo plazo en la dinámica política, tales como: “las burocracias centralistas, portadoras de un *ETHOS* autoritario y caudillista, pero también racional y centralizador, que implementó el Estado para sus propios fines. Dicho de otra manera, en el imaginario hay un *ESPÍRITU CENTRALIZADOR*, una forma cultura ya estructurada que legitima el papel de los caudillos, así como el autoritarismo y al populismo.
3. La Ciudadanización Imaginaria, en el sentido de que desde el siglo XIX a las elites se plantearon la construcción de naciones modernas, luchando contra corporaciones como la Iglesia, el ejército, los notables, etc., pero a la vez “topándose con un orden moral tradicional, corporativista y premoderno; con un orden señorial, jerárquico, patrimonialista, racista y centralizador del poder, y con una pesada herencia de caudillismo político, clientelismo y prácticas de cooptación y control arbitrarios, que de hecho tornaban casi imposible el sueño”, como señala Escalante y retoma Echegoyan. Esto llevó a las elites a “mediar” entre la ausencia de

ciudadanos e instituciones liberales y la necesidad de control político de los territorios y la necesaria estabilidad política, recurriendo al final a los mismo modos y prácticas caudillistas y clientelar por ser las únicas “existentes y arraigadas” en la trama social. Este pragmatismo fundó todo un “orden moral” en el que se “orientan y articulan formas de organización de la vida social y campos enteros de afectividad, ordena asimismo las representaciones, discursos y retóricas sobre los públicos y sus formas legítimas de estructuración”. Las virtudes cívicas quedan así atrapadas entre el orden moderno y el control político.

4. El Mito del Presidencialismo, que encarna y centraliza el funcionamiento barroco de la sociedad (el que cumple la constitución y el único que la puede transgredir) el espíritu Centralista (todo el poder de todos los poderes al Presidente) y caudillezco (él tiene su estilo personal de gobernar) y forjador de identidades ciudadanas (él dice qué tan modernos, institucionales y ciudadanos somos, también señala cuando somos o no ciudadanos exigentes). Como dice Gilabert: “Para este objetivo concebimos el mito en su modalidad tradicional de “relato de origen”. En México, el mito del presidencialismo sintetiza una importantísima perspectiva cultural –la del autoritarismo- que los luchadores por la democracia hasta ahora no siempre hemos entendido **CABALMENTE**, debido, quizás al descuido de no considerar la dimensión simbólica y ritual de la política. **HABLAMOS DE MITO PORQUE SE TRATA DE UNA MATRIZ GENÉRICA DE SENTIDO, UNA CREENCIA TOTALIZADORA QUE ATRAVIEZA IDEOLOGÍAS**. Y porque la naturaleza representativa de las imágenes referidas al presidencialismo proyectan un porvenir específico que permanentemente tiende a vincularse con momentos históricos AD-HOC para cobrar “verdad” y hacerse “deseable”. (Gilabert, 1993: 74)

Y que cumple, según vimos con Adler-Lomnitz, un papel clave en los procesos electorales, donde ritualmente se renueva el pacto fundador, al menos hasta 1998.

Retomamos estos 4 elementos del imaginario social porque sin duda en ellos encontramos las claves del imaginario de larga duración, el *NÚCLEO DURO* que va de generación en generación. Diríamos que este núcleo duro *ATRAVIEZA LOS TIPOS DE CULTURA POLÍTICA* que han señalado Almond y Verba, está en mayor o menor medida en la cultura parroquial, súbdito y aún en la cultura cívica tal como hasta el año 2000 la encontramos en México.

Aún más, la cultura parroquial y la súbdito están ancladas y “cargadas culturalmente” de estos elementos “duros”, tales como el caudillismo, el corporativismo, el racismo, patrimonialista y centralistas, es decir, aquellas “prácticas establecidas y arraigadas” en la trama social e histórica del país. Incluso aquí, el Mito del Presidencialismo ocupa un espacio clave en el mantenimiento de estos tipos de cultura política tradicional.

De la misma manera, la constitución de cultura cívica no puede descontextualizarse de esa gran contradicción entre la necesidad de una “ciudadanía imaginaria” como insumo para la modernización y las necesidades de control político que requiere el sistema político establecido. Esta cultura cívica tiene que superar aquella “carga cultural” de las formas parroquiales y súbdito, es decir, aquel contenido “a la mexicana” que encontramos en el racismo, es decir, aquel contenido “a la mexicana” que encontramos en el racismo, caudillismo, populismo, patrimonialismo, etc., y a la vez, enfrentar su propia condición como “ciudadanía inventada” por la elites.

Todas ellas son las dimensiones *CONSTANTES* de la cultura política en México, que atraviesan sus tres formas o tipos, y que les dan ese carácter híbrido y heterogéneo que constantemente les hallamos.

Habría que dejar abierta la posibilidad, desde esta dimensión *MACRO* y desde este *NÚCLEO DURO*, de pensar la posibilidad de construir una *TIPOLOGÍA DE CULTURA POLÍTICA* distinta a la de Almond y Verba.

b) En el nivel *MESO* de la cultura política encontramos las dimensiones duras pero ya no históricas -en el sentido de que son producto de siglos sino duras-generacionales, es decir, que son parte de procesos históricos más cortos, que competen a tres o cuatro generaciones, con procesos de socialización intermedios de padre a hijos, y que siendo colectivos pero ya no de tal intensidad que atraviesan identidades políticas, espacios regionales y formaciones de clase.

En el nivel *MESO* la dimensión dura-transgeneracional compete entonces a períodos de 50 a 75 años, que implican tres o cuatro generaciones, que adquiere rasgos y definiciones en función del contorno de clases, identidades políticas, partidos y espacios regionales, ideologías, etc.

Estos espacios de la cultura política son lo que permiten distinguir: a) la cultura política de una clase o grupo social (indígenas, campesino, obreros, estudiantes, grupos religiosos, etc.); b) un grupo político (de un partido político: cultura política priísta, panista, etc.) de una corporación (ejército, iglesia); c) de identidades políticas (oposición, oficialismo) y que se han venido gestando en tales períodos. Además, allí hay desde distinciones *IDEOLÓGICAS* (socialistas, comunistas, liberales, socialcristianos; izquierda, centro y derecha) hasta *UTÓPICAS* (que entendemos nosotros por una mejor vida).

Todas ellas pueden ser captadas por una categoría: *IDENTIDADES POLÍTICAS*, en la medida que permiten establecer procesos de reagrupación en base a rasgos de identificación político ideológicas, que operan como distinciones entre grupos (“ellos”, “nosotros” y “los otros”) y que pueden producir procesos de competencia y lucha respecto al control de recursos materiales y simbólicos.

En este nivel de identidades políticas, los valores y creencias que orientan sus comportamiento político o su desempeño afectivo y evaluativo, está básicamente

condicionado al manejo, producción, circulación y apropiación de **REPRESENTACIONES SOCIALES** sobre el sistema político, sobre los otros y sobre sí mismo.

Estas representaciones sociales o colectivas operan como **FORMATOS** de **PERCEPCIÓN**, **EVALUACIÓN** y **DISPOSICIÓN** que pueden tener distintos contenidos ideológicos, utópicos, políticos y morales, dependiendo de la clase social o posición política que se elija.

Por ejemplo, un empresario o un obrero, en función de su posición política-ideológica pueden estar promoviendo de modo convencido, un mejor mundo para todos, pero unos en función del libre mercado y empleos bien remunerados, en tanto otros a partir de la abolición del trabajo asalariado, la protección laborista del salario o de la defensa de prestaciones sociales. De la misma manera un priísta esta convencido de que lo mejor para el país es un cambio dirigido por el Estado en tanto que un perredista esta pensando en que dicho cambio debe estar en manos de la sociedad civil o el pueblo, y un panista es manos del empresario.

Todos ellos manejan representaciones sociales o colectivas, que permitan percibir, evaluar y disponer actitudes de manera colectiva, pensándose siempre como un grupo amplio o a un sujeto colectivo capaz de influir o competir por la orientación de un sistema político.

Estas identidades políticas contienen entonces, más allá de sus rasgos ideológicos precisos (izquierda, centro, derecha) formatos de representación imaginaria o simbólica, así como procedimientos de actuación política que pueden sintetizarse del siguiente modo:

- a) **IDENTIDADES Y REPRESENTACIONES POLÍTICAS AUTORITARIAS.** Éstas se refieren a representaciones sociales y comportamientos políticos centralistas, elitistas y excluyentes de la participación de las bases en las tomas de decisiones. Podemos encontrar

estas representaciones y comportamientos en la cultura política de una clase social (empresarios, obreros, etc.) de un grupo o corporación (iglesia, ejército) o de un partido político determinado (PRI, PAN, PRD). Este tipo de identidades y representaciones políticas puede estar dibujado desde algunas posiciones ideológicas, como cuando desde la izquierda se exigen reclamos democráticos, pero tal ideología o discurso político no exime o evita la puesta en acción de comportamientos autoritarios conscientes o inconscientes.

- b) ***IDENTIDADES Y REPRESENTACIONES POLÍTICAS CAUDILLESAS POPULISTAS.*** De la misma forma, éstas no es tanto que atraviesen clases, partidos o agrupaciones ideológicas, sino que se les puede o no encontrar mezclado con alguna de ellas, dándole un perfil determinado a esa identidad. Podemos encontrar así un caudillismo campesino o indígena, incluso obrero; un caudillismo de izquierda o de centro, un populismo también de centro o de izquierda, etc.
- c) ***IDENTIDADES Y REPRESENTACIONES COLECTIVAS DEMOCRÁTICAS,*** que se encuentran también más allá de clase, corporación, grupo o partido político. Puede ser un partido político de derecha moderado y por ello democrático, o de centro, o de izquierda, etc.
- d) ***IDENTIDADES Y REPRESENTACIONES COLECTIVAS HEGEMÓNICAS,*** donde alguna de las anteriores predomina sobre las otras en algún momento. Así por ejemplo, en México las identidades y representaciones colectivas predominantes han sido las caudillescas-populistas (años veintes, treintas) y posteriormente las Autoritarias (de los cincuentas a los ochentas), en base a una posición política también predominante, la del PRI, producto de un sistema de partidos políticos donde hubo un partido mayoritario primero y hegemónico después, y que

logro extender al conjunto del sistema de partidos y de identidades políticas una forma, un código especial de representarse la política, al gobierno, la oposición, los procedimientos de la competencia política, la Ley y la opinión pública. A esto se le ha llamado en otro lugar una *CULTURA POLÍTICA PRIÍSTA*, nombre que podemos conservar en la medida que sus rasgos fueron compartidos en mayor o menor grado por otras identidades y representaciones colectivas, convirtiéndose en hegemónica por lo mismo.

Como puede apreciarse, estas identidades y representaciones políticas han sido construidas en períodos de tres o cuatro generaciones y están muy asociadas a los rasgos ideológicos y políticos de ése período, pero no se agotan en ellos.

Cabe adicionalmente recordar que este tipo de identidades puede articularse con dimensiones de la cultura política de largo plazo, esto es con alguno de los 4 rasgos centrales de largo plazo del imaginario político, esto es, el imaginario barroco, el centralismo, la ciudadanía imaginada y el presidencialismo.

Así, por ejemplo, podemos encontrar imbricados al presidencialismo con el caudillismo populista de los años treinta, que hizo uso de su papel centralista para reordenar al país, tratando de construir una condición ciudadana a las masas campesinas y obreras, logrando un resultado barroco: un país moderno centralista, con un partido político dominante y con masas con amplios derechos sociales, como fue el Cardenismo.

O bien puede presentarse una opción de izquierda en los años ochentas, que rescate el caudillismo, el imaginario presidencialista y que ofrezca a la nación el fortalecimiento del Estado y la intervención presidencial para salir de su postración económica, como fue la oferta del Neocardenismo de 1988, haciendo referencia a la construcción de una utópica nación moderna con ciudadanos fuertes e independientes, vía el voto.

O para las elecciones del año 2000 encontramos la oferta de un partido de derecha, el PAN, que oscila entre procedimientos democráticos y autoritarios, acude al mito del presidencialismo para cambiar a la nación, y a contracorriente, ofrece desmantelar al PRI. Junto con la descentralización de recursos y decisiones, para ahora sí salir del barroquismo e hibridación construyendo instituciones y ciudadanías modernas.

Como se aprecia, este nivel *MESO* de la cultura política, en donde encontramos identidades y representaciones políticas colectivas, son la base de discursos de largo plazo, para poder identificar precisamente lo que distingue a unas identidades de otras, más allá de ofertas coyunturales.

Como corresponden a este nivel, todas estas identidades tienen junto con las representaciones, un nivel eminente social, en dos sentido: 1) trascienden los valores, creencias y opiniones individuales para colocarse como identidades *COLECTIVAS* que inspiran a aquellos (sin que esto signifique se dé una traducción lineal y mecánica); y 2) social en el sentido de que no dependen de las ideologías, las posiciones políticas sin que están precisamente en un nivel más intermedio, más de fondo y que nos ubican en una zona arquetípica intermedia.

Los siguientes dos niveles ya no son sociales y colectivos en el sentido hasta aquí establecido. Allí veremos que las personas, sean en su interacción dentro de un grupo o como personas dentro del mismo, sostienen, elaboran y procesan de modo ahora sí individual cada una de sus creencias y valores, como convicciones derivadas de vivencias obtenidas en su propia experiencia, ya no en la transmitida por distintas generaciones.

Finalmente, pero no menos importante, es considerar que en este nivel *MESO* de la cultura política, que abarca decenios, se da el ritmo de reproducción de las estructuras del sistema político, por lo que a él corresponde la *CONTINUIDAD* de los pactos fundadores, de la manutención de un proyecto de dominación de mediano plazo, con lo que adquiere un peso singular la realización de *RITUALES*

Y CEREMONIAS que van reforzando los mitos fundadores, los orígenes del proyecto y recreando las condiciones de legitimidad en el mismo. Y estos rituales y ceremonias valen, por supuesto, para formatos de dominación autoritaria, caudillesca o populista, así como democrática.

c) En el nivel *MICRO*, efectivamente, ya no encontramos los niveles del *NÚCLEO DURO*, sino que nos adentramos a la *ADQUISICIÓN DE NUEVAS INTERACCIONES*, que son vividas por *UNA GENERACIÓN*, la nuestra, en donde a partir de las vivencias que vamos teniendo nos colocamos en un proceso de *RESOCIALIZACIÓN*, es decir, de aprendizaje de nuevos valores, creencias y normas de comportamiento.

En el nivel micro de la cultura política son determinantes las interacciones y las experiencias políticas que vamos viviendo, sea como jóvenes o como adultos. Así, es allí donde el participar en un movimiento social, en una asociación o en un proceso electoral, se constituye en una vivencia que nos deja enseñanzas. Estas experiencias nos colocan en la posición de aprender, ahora sí, valores y reglas del comportamiento político, que van a orientar nuestras acciones.

En estas vivencias entramos con las cuatro dimensiones de la cultura política, la cognitiva, afectiva, evaluativa (Almod y Verba) y utópica (Krotz) pues en ella conocemos cómo se desempeñan otros actores políticos que nos afectan emocionalmente, los enjuiciamos y depositamos en ellos aspiraciones, deseos y sueños de una vida mejor. Y como resultado de estos aprendizajes vamos modificando los ejes de nuestra cultura política inicial (Parroquial o súbdito), la reforzamos, o vamos teniendo incluso aprendizajes del comportamiento cívico.

Y por supuesto, estas vivencias las tenemos en un *CONTEXTO INTERACTIVO* con otros actores políticos, otros que nos retroalimentan reflexivamente y que nos permite mirarnos más claramente a nosotros mismos. Este contexto interactivo es muy importante en el nivel *MICRO*, porque de él sacamos la calidad de nuestra vivencia.

Y si bien en este nivel elemental compartimos valores, reglas y creencias, éstas las asumimos como si fueran nuestras, aún comparándolas con las de otros. Es decir, los valores creencias y deseos que ponemos en juego en este nivel, al comunicarlo a los otros, nos confrontan con ellos y nos obliga a asumirlas consciente o inconscientemente como si fueran nuestras.

Este rasgo comunicativo, el que los valores y creencias las asumamos “como si fueran nuestras” es característico de este nivel, por lo que aquí se “disuelve” el carácter colectivo de las representaciones e identidades, que nos trascienden y emerge con fuerza individual. Por supuesto, esta fuerza individual incluye el que cada uno de nosotros retoma, filtra e interpreta a su modo y a su nivel de experiencia los rasgos o elementos de aquellas identidades colectivas, conformando una “opinión propia”.

Por supuesto que las opiniones se van haciendo comunes en esta interacción, pero siempre queda un sabor personalista en el modo como las sostenemos, o como las cumplimos.

El nivel *MICRO* tiene una dimensión temporal entonces que va de los decenios y quinquenios de nuestra vida a los meses y semanas en que participamos en alguna actividad política forma o informal. Su espacio de vigencia esta en *LO LOCAL*: la calle, el barrio, el pueblo, una parte de la ciudad o la ciudad misma. Y las relaciones sociales implicadas son las redes vecinales, de parentesco, de amigos y paisanos. Los valores, afectos, juicios y sueños que allí desplegamos tienen entonces un sello especial en función de estos contornos microinstitucionales.

Y es aquí donde la cultura política comienza a traslaparse con la Opinión Pública, ese micromundo de las opiniones personales sobre asuntos políticos del momento.

Estos espacios de la cultura política, son los que nos permiten distinguir preferencias y simpatías políticas y electorales por barrios o zonas residenciales en pueblos y ciudades de tal modo que cada uno de los actores políticos sabe por dónde

andan las preferencias políticas de sus calles, barrios, etc., en su comunidad o ciudad.

También su despliegue nos permite tener un mapa mental de las preferencias de nuestros compañeros de trabajo y amigos, de nuestros vecinos y familiares, permitiendo ubicar y orientar nuestro comportamiento. La cultura política se va imbricando así con las culturas familiares, vecinales, comunitarias y laborales en las que vamos interaccionando en nuestras vidas y de las cuales vamos reforzando y aprendiendo valores y reglas.

La cultura política se expresa entonces aquí con los *VALORES Y CREENCIAS QUE ASUMIMOS COMO CONVICCIONES*, y la *ACCIÓN POLÍTICA SE NOS PRESENTA COMO* el despliegue de actitudes o comportamientos ya sean propios o de los otros, en tanto que el discurso político lo vemos como esas ideas, argumentos y palabras que ponemos en juego cada vez que exponemos o escuchamos una opinión.

En el mundo también no sólo de la comunicación verbal, sino también de la no verbal, es decir, los gestos, además, expresiones que nos informan e indican lo que sienten y piensan los demás, o con los que se los damos a entender nosotros mismos.

Y es en base a ello que juzgamos si las ideas, actitudes, comportamientos, ademanes y palabras de los otros son de tipo autoritario, democrático, caudillesco, populista, etc., según su estilo. O si ellos se orientan en función de una cultura política parroquial, súbdito o cívica predominante.

Y en tal proceso de conocimientos y evaluación vamos nosotros mismo ubicando a los demás, “clasificándolos personalmente”, es decir, uniendo los rasgos generales de un tipo de cultura política con sus rasgos personales.

El resultado es que si bien los rasgos de cada tipo de cultura política nos trascienden, son en cierto modo generales o sociales, estos los encarnamos y filtramos a partir de nuestros rasgos personales.

Por supuesto, todo ello en el marco de Interaccionismo con otros y ante el despliegue de nuestros signos y símbolos cara a cara.

Finalmente, pero no menos importante, encontramos el nivel micro-individual. Si el nivel micro-social es interactivo e involucra al más pequeño de los grupos sociales, esto es, mínimamente dos personas, el nivel micro-individual es por el contrario plenamente individual.

Las características de este plano es que va día a día experimentando su desenvolvimiento, su mundo somos nosotros mismo, cada uno de nosotros mismos, y lo mismo su espacio social. Desde aquí las relaciones sociales se nos presentan como resultado de nuestra voluntad individual, como si nosotros las construyéramos pues el mundo semeja una urdidumbre creada por nuestras decisiones y voluntades.

Este es el mundo donde no distinguimos más allá de nuestras sensaciones, sentimientos e ideas, como si ésta mismas fueran resultado de nuestra construcción. Y a la vez se pierde toda dimensión social y colectiva de éstas, pensamos que finalmente es vía nuestra reflexión que ellas tienen vida. Dicho de otro modo, los grandes cuerpos del pensamiento y emociones colectivas no las asumimos así, como ofertas que nosotros reappropriamos, sino como ideas y valores que son absolutamente nuestras, producto de nuestra reflexión y convicción, de nuestra vivencia misma.

Es aquí donde tiene sentido el esquema de que primero tengo yo una idea que he reflexionado, luego me convence y finalmente me orienta a tomar mis “propias” decisiones.

Y esto no es menor. Este mundo es el que acentúa *UNIDIMENSIONALMENTE* la cara individual de las representaciones, ideas y valores sociales, o acentúa sólo el proceso de filtración y apropiación personalista que deriva de nuestra muy singular experiencia vivencial, dejando de lado la otra cara social de las mismas.

Este plano micro-personal esta entonces muy ligado a los rasgos psicológicos de la percepción individual, al modo como YO percibo al mundo desde Mi posición y desde Mi biografía, todo lo cual se expresa en MIS opiniones, decisiones y actitudes.

Las ideas y valores políticos están por ello teñidos de la fuerza emocional y evaluativa de mi vivencia, combinados de esa enorme masa de anhelos, deseos, sueños y esperanzas personales sobre la construcción de un mejor modo de vida para mí y para ahora.

Este es el mundo de lo densamente emocional que envuelve las decisiones racionales que vamos tomando. Es el mundo donde la manipulación, el miedo, la fé y la esperanza, están empujando nuestras decisiones, y por ello sobre los cuales estos estímulos y emociones, o es también el mundo de la Opinión Pública que se finca en la recolección de preferencias, pareceres, niveles de satisfacción, etc., que nos hacen creer que los demás caso de nuestros estados de ánimo, especialmente los responsables de la conducción política.

Por supuesto, aquí están disueltos, pues no los alcanzamos a ver, todas las tradiciones, representaciones colectivas, identidades, ideologías, que tienen un carácter social, y solo las reconocemos en tanto son parte de nuestra apropiación personal.

Este sería el mundo de las opiniones que son capturada mediante sondeos, cuestionarios rápidos, etc., que dan sustancia a los estudios de opinión y mercado.

La visualización de los distintos niveles en que encontramos expresada a la cultura política, y que da pie precisamente a sus diversas conceptualizaciones o definiciones, y a su carácter polisémico, no es suficiente para poder entender el modo como opera para una generación y en una coyuntura determinada.

Entender la complejidad del concepto no significa que de golpe podamos saber el modo cómo se articulan todas estas dimensiones para cada generación.

En efecto, cuando llevamos el análisis a un período determinado, y para una sola generación, los niveles *MACRO*, *MESO*, *MICRO (SOCIAL y PERSONAL)* se articulan entre sí y forman una trama de relaciones de combinación única para cada generación.

Esta mezcla de niveles nos da como resultado un conjunto coherente, donde, de pronto, todo funcione bajo una sola lógica de la cultura tradicional, o de pronto, todo lo haga bajo la orientación de la cultura moderna. No hay pues un funcionamiento armónico donde ciertos rasgos del nivel meso se unifique o coordinen con sus homólogos de los otros niveles meso y micro.

En realidad, en estas combinaciones sucede como señala Gilabert, no una combinación de niveles bajo una sola lógica común, sino un *ENCUENTRO DE LÓGICAS DISTINTAS* separada unas de otras, pero no tan distantes como para pertenecer a campos independientes. Cada período, cada generación, cada tipo de encuentro o desencuentro, de lucha o dominación, produce sus propias articulaciones y retoma de cada nivel los signos y símbolos que le corresponden.

ESTAS COMBINACIONES DE NIVELES DE DISTINTO RITMO, SE VAN DEFINIENDO EN CADA DINÁMICA DE LA COMPETENCIA O LUCHA POR EL PODER. AQUÍ PODEMOS ENTONCES RESCATAR LA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA PROCESUALISTA QUE NOS INDICA LA FORMA ESPECÍFICA COMO CAMBIAN Y SE ESTABILIZAN LOS CONJUNTOS POLÍTICOS.

Introducir el concepto de dinámica procesual y del conflicto nos lleva a entender de un mejor modo a la cultura política.

Gracias a ello, podemos entender el carácter dual del imaginario, por ejemplo, esto es como *IMAGINARIO INSTITUIDO O COMO IMAGINARIO INSTITUYENTE*. También, gracias a ello podemos observar a la cultura política en sus funciones determinado, o de promoción de nuevos comportamientos y valores alternativos que requieren cambios en las instituciones existentes.

Aquí es donde podemos explicar de un modo menos entusiasta que en 1988 el papel que cumple la cultura política en relación con los cambios en el sistema político. El reclamo de Antonio Crespo, en el sentido de la cultura política no puede ser vista como la responsable de los cambios institucionales tiene sentido desde esta óptica y nivel. Es decir, los procesos de modernización y cambio se dan bajo períodos cortos, de carácter *MESO*, en donde los actores requieren que se establezcan nuevas *REGLAS, LEYES E INSTITUCIONES* de corte democrático, independientemente de que haya una cultura preestablecida que le dé pleno funcionamiento. La lucha política requiere precisamente que se fijen objetivos políticos, visibles y tangibles, que puedan ser traducibles a reglas, leyes e instituciones que simbólicamente funcionen precisamente como “*CONQUISTAS*” o apropiaciones de territorios, espacios o relaciones de poder que hasta ese momento estaban vedadas. Por ello no puede esperarse sin más a una especie de previa “maduración cultural” para poder tener esta voluntad de fuerzas políticas y de las circunstancias en que operan los actores.

A mi modo de ver, este es un reclamo justo de Crespo (1994) ante las tentaciones culturalistas que se desarrollan sobre la cultura política en los años ochentas, y que después no tuvieron más remedio que moderarse.

Pero a la vez, si cambiamos el nivel de comprensión de cultura política del microsocio al nivel *MESO*, es claro que al pasar de una coyuntura política laica el funcionamiento del sistema instituyente, entonces es evidente ahora sí que aquellas instituciones, leyes y reglas logradas como conquistas en unas semanas, requieren para su funcionamiento y acuerpamiento, o enraizamiento, el despliegue de una cultura política a tono con las mismas o de otro modo quedarán allí como conquistas huecas, olvidadas por las prácticas y usos políticos de los actores. Y es en este otro nivel donde ya no proceden las observaciones de Crespo (1994), que mira a la cultura política como una categoría residual. Esta perspectiva procesualista nos da claridad también sobre la relación entre la cultura política de los actores y el

sistema político establecido. Esto en dos niveles: 1. el que especifica Chiu (1998) cuando nos indica que esta relación es entreestructurantes y estructurados, siguiendo a Giddens; y 2. en el sentido de que debemos recuperar el lado *VIVO* de las instituciones, su carácter utópico y cultural plasmado en su *DISEÑO* mismo, y el carácter utópico de las prácticas culturales en sí mismas.

En mi propuesta para el análisis de la cultura política hay entonces tres ejes:

1. Considerar simultáneamente la cultura política *MACRO* y *MESO* que hoy se nos presenta en: a). el diseño y funcionamiento de las instituciones políticas; b). los procedimientos aceptados para la lucha política (Reglas, Rituales, Ceremonias); c). las representaciones, las mentalidades y el imaginario político establecido en las identidades políticas.

Por supuesto, no es que la política se reduzca a la cultura, pero si hay cultura en toda actividad política, tanto de los gobernantes como de los gobernados.

Dicho de otro modo, una Constitución no sólo refleja una determinada correlación de fuerzas, sino también de memoria y mentalidad de los actores colectivos, y expresa tanto el tipo de representaciones sociales que se hacen de la política, el sistema y de sí mismos, como los alcances de su imaginario.

2. Considerar que la acción micro (social y personal) propia de un movimiento social, una lucha, una elección, se ubica en el contexto de aquella cultura política macro y meso, asumiéndola como *ESTRUCTURAS OBJETIVAS* como instituciones, leyes y reglas, que tienen que considerar para guiar sus estrategias o bien *COMO ESTRUCTURAS SUBJETIVAS*, más dinámicas, tales como costumbres políticas, estilos de gobierno, valores entendidos, símbolos y mitos, etc.

Uno y otro nivel constituyen referentes para la elaboración de estrategias políticas, son puntos de partida para saber cómo actuar en situaciones concretas y con capacidad de convocatoria (así esta hecha la realidad) y eficacia política (así funciona). Por supuesto, los actores individuales que se mueven en un escenario político determinado, pueden reinterpretar estas estructuras, asumirlas más abiertamente o menos, pero no pueden prescindir de ellas a riesgo de caer en estrategias políticas desapegadas a la realidad de la vida cotidiana de las personas y así perder capacidad de convocatoria y eficiencia.

Y en este sentido, al nivel micro, con un escenario político determinado, la cultura política aparece como los valores y principios que guían la acción, y como las reglas y procedimientos a seguir para poder lograr eficacia: denunciar o movilizarse, usar un lenguaje formal o informal, acudir a la autoorganización civil o al apoyo dentro del sistema, etc., todo lo cual remite, en una última instancia a las estructuras sociales y subjetivas de los niveles macro y meso.

3. Podríamos entonces decir que nuestra propuesta de cultura política va en el sentido de recuperar la tesis de que no hay política sin cultura, y de que aún en esas estructuras políticas propias del Sistema Político históricamente dado hubo en su momento una cultura política viva que estuvo presente en el “espíritu de la Ley”, en el “espíritu de la Constitución” o en la “filosofía de la institución”.

Con esta propuesta estamos viendo plenamente el lado cultural de la acción política, sea subjetiva o sistemática, y decimos plenamente, porque este lado de la moneda la asumimos a nivel macro, meso y micro (social y personal) y, a la vez, tanto en el campo de la cultura política hecha estructuras (sociales y subjetivas) como en el terreno de las luchas cotidianas dentro de una arena política establecida. Esto es para nosotros

asumir plenamente el campo de la cultura política. El reverso de la moneda está hecho del campo de la lógica política que tan bien ha estudiado la ciencia política: las formas de Estado, de régimen político, de actores, de luchas y competencias, bajo determinadas correlaciones de fuerzas, con recursos limitados, etc., que son hechas no por actores racionales sino culturalmente determinados, y donde las instituciones, procedimientos de lucha y objetivos no dependen solo de los proyectos de dominio y las ideologías sino también de condiciones subjetivas que van desde las mentalidades de los pueblos hasta sus convicciones.

Recuperar la cultura política real ya no es solo entonces quedarse en el nivel micro (social y personal) de los valores que tengo y las opiniones que sostengo, o de las actitudes que tomo y los comportamientos que despliegue, que es como se venía observando a la cultura política. Tampoco sólo implica evaluar si lo que valoro, pienso y hago es funcional o no al sistema social y personal para entender que hay macro y meso niveles que están actuando en las identidades colectivas a las que pertenezco, de donde he aprendido lo que supongo mis valores, y de donde provienen los procedimientos y usos que debo seguir en el cumplimiento de mis opiniones, y que se me aparecen como estructuras ajenas, tales como instituciones, leyes, mitos, rituales y mentalidades que desde mi perspectiva asumo como tradicionales. Implica asumir que yo mismo he sido socializado en ese marco o red de estructuras institucionales y subjetivas, y que llevo en mí muchos de sus principios puestos como representaciones colectivas. Y que en consecuencia, el proceso de renovación de convicciones está en función de las coyunturas históricas que se me presenten, en las que pueda participar y en el modo como lo haga, de cuya vivencia y experiencia podré, hasta cierto punto, reinterpretar mis valores y construir otros emergentes.

De la misma forma ya no se trata de asumir, como fué moda en estos diez años, sólo la “cultura política de los de abajo”, o del pueblo, la comunidad o los ciudadanos emergentes sino desde arriba y desde enmedio; también desde el pasado o desde atrás. En el mismo sentido, no se puede privilegiar solo un nivel, el micro, con un lapso de tiempo, el de la vida cotidiana, a riesgo de ir acumulando una serie de narraciones de sentido de cada lucha, impidiendo su conceptualización. Y finalmente, no se trata solo de rescatar el “cómo le hacen” los actores, sino también la calidad de lo que hacen.

Una perspectiva semejante requiere retomar los estilos de investigación del mundo político como los de Tocqueville, cuyas observaciones de campo se referían lo mismo al sistema institucional que al espíritu de los pueblos, y a quien estos en deuda por su metodología, que hoy calificaría como *MULTIFOCAL* (desde arriba y abajo, de atrás hacia delante) y *MULTIDIMENSIONAL* (cultura macro, meso y micro social, tanto en su expresión dura o institucional como blanda o subjetiva) y que siguiendo el antropólogo francés Marc Abeles debe ser recuperado para construir una antropología de la cultura política de las sociedades complejas, recurriendo a estudiar etnográficamente las representaciones y prácticas políticas en un “sentido amplio”, esto es, considerando a los político no separado sino fuertemente vinculado a otro campos sociales, y a la cultura política como un amplio campo cultural no separado de la acción y el sistema político históricamente construido.

HIPÓTESIS

De las anteriores consideraciones teóricas, derivamos las siguientes hipótesis:

1. La cultura política de las personas está en función del grado en que en cada familia o grupo secundario se cumplen o no los principios procedimentales de la ética del discurso (simetría, reciprocidad, reflexividad).

Cada generación y red familiar tiene sus propias formas de pensar, imaginar y discutir los signos y símbolos políticos, bajo distintas condiciones de cumplimiento de los principios de la ética del discurso, y en diversos espacios público.

2. A menor cumplimiento de los principios procedimentales de la ética del discurso, mayor cultura política autoritaria, independientemente de su orientación, ideológico (izquierda, centro, derecha) y de su grado de participación civil en los asuntos públicos.
3. A mayor cumplimiento de los principios procedimentales de la ética del discurso, menor cultura política autoritaria, y mayor cultura política cívico-democrática, independientemente de su contenido ideológico o grado de participación civil en los asuntos públicos.
4. A mayor cantidad de experiencias cotidianas dialógicas, esto es que cumplan con los principios y reglas de la ética del discurso, mayor calidad de la cultura política adquirida en una coyuntura determinada.

METODOLOGÍA

Para estar en condiciones de captar las transformaciones de los signos y símbolos políticos de la cultura política en Xalapa, recurriremos a un análisis de las opiniones, juicios, valores, imágenes, así como de las actitudes y conductas políticas que se despliegan por las personas durante 2 procesos electorales: las elecciones para presidente del 2 de julio del 2000, y las elecciones para presidente municipal y diputados locales el 3 de Septiembre del mismo año.

1. Se hará un análisis longitudinal que dé seguimientos mes por mes a los cambios en las percepciones, valores e imaginarios de redes familiares, abarcando de Mayo a Octubre, cubriendo ambos procesos electorales.
2. Las unidades de análisis son los grupos y redes familiares, a los que se les aplicará historias de vida. Las familias se analizarán en 2 ejes: la intergeneracional (abuelos, padres, nietos) y la red familiar (sistema de relaciones e influencias entre abuelos, padres, tíos, nietos, sobrinos).
3. Se hará un seguimiento a las representaciones sociales sobre signos y símbolos políticos desplegados durante los comicios para presidente de la República en Julio del 2000 y sus continuidades o discontinuidades ante las siguientes elecciones para presidentes municipales locales.
4. El objeto central de estudio serán las formas de asimilación y expresión de las vivencias políticas y electorales mediante el diálogo y la conversación cotidiana, observando sus reglas y procedimientos discursivos, a fin de determinar la calidad de su cultura políticas.

Las técnicas de recopilación de datos serán así la observación directa, las historias de vida, la entrevista, el análisis de contenido, y la reconstrucción de diálogos.

ÍNDICE DEL PROYECTO DE TESIS DOCTORAL

~~UNIDAD I. ESPACIOS PÚBLICOS Y REDES SOCIALES EN XALAPA~~

Capítulo 1. LA CIUDAD DE XALAPA COMO CAMPO CULTURAL

- a) Historia de la ciudad, sus identidades y espacios públicos
- b) La historia política reciente de Xalapa: 1988-2000
- c) Un mapa político de la ciudad
- d) Los acontecimientos políticos en la ciudad

Capítulo 2 LA RED DE ESPACIOS PÚBLICOS DE XALAPA

- a) Un mapa de la infraestructura de espacios públicos formales
- b) Una aproximación a los espacios públicos informales
- c) El habitus de la reflexión política entre los xalapeños

Capítulo 3 REDES SOCIALES Y CONSTRUCCIÓN DE LA CULTURA POLÍTICA

- a) La red generacional como espacio de discusión
- b) La red familiar
- c) La red laboral
- d) la red de los medios de comunicación

UNIDAD II: CULTURAS POLÍTICAS Y CONSTRUCCIÓN DE CIUDADANÍAS EN LAS ELECCIONES UNA MIRADA AL ESCENARIO XALAPEÑO

- #### **Capítulo 1:**
- a) Mayo del 2000: percepciones, diálogos e imaginarios de las campañas
 - b) Junio del 2000: percepciones, diálogos e imaginarios tras los debates entre candidatos.

- c) Los grandes temas: la polémica entre voto útil y voto moral
- d) El ambiente político: la nueva intolerancia en la izquierda xalapeña
- e) El 2 de Julio: La caída del PRI.

Capítulo 2 DEL 3 DE JULIO AL 2 DE SEPTIEMBRE: HACIA LAS ELECCIONES ESTATALES

- a) El 3 de julio: imaginarios y sorpresas
- b) del 4 al 7 de Julio: la ideologización de las culturas políticas
- c) Julio del 2000: los cambios en la cultura política ¿se podrá otra vez?
- d) Agosto del 2000: los cambios en la cultura política. ¿se podrá otra vez?
- e) los temas postelectorales
- f) El 3 de Septiembre

Capítulo 3: TRANSFORMACIONES Y CONTINUIDADES DE LA CULTURA POLÍTICA

- a) Los resultados electorales del 4 de Septiembre
- b) Los debates post-electorales ¿se pudo otra vez?
- c) El imaginario ciudadano tras 2 grandes elecciones en el 2000
- d) La cultura política en construcción en el 2000: los aprendizajes.

CONCLUSIONES

En el presente balance sobre los estudios e investigaciones de la cultura política en México hay una serie de constantes que es necesario subrayar.

En primer lugar, es necesario resaltar como los mejores trabajos de corte empírico están, tanto en la sociología como en la antropología, en un diálogo o enfrentamiento crítico con el trabajo pionero de Almond y Verba sobre cultura cívica. Esta obra es así un referente obligado para entender las dimensiones de la cultura política (tales como la cognitiva, valorativa y emocional), sus clasificaciones o tipologías (parroquial, súbdito y cívica) así como el eje desde el cual se aborda, esto es, tipos de cultura política y estabilidad del sistema.

Los supuestos funcionalistas y conductistas de esta obra han sido criticados en el conjunto de estas investigaciones mexicanas, por lo que podemos asentar que hay una crítica propiamente mexicana a esta obra clásica. Hemos visto en este sentido cómo su definición de cultura política es criticada por ser más cerrada y restrictiva para nuestro país, y cómo se exige una definición que resalte la heterogeneidad y la ambigüedad del comportamiento político de los mexicanos, y no su supuesta coherencia y homogeneidad. También cómo sus dimensiones deben ser enriquecidas con una perspectiva no conductista que permita incorporar los sueños y esperanzas de los mexicanos, lo que implica analizarla no solo en su papel legitimador del sistema político sino en una perspectiva contracultural, o en el eje de la relación entre valores emergentes y transición política. Incluso, la voces se alzan señalando que la cultura política, más que clasificada debe ser interpretada.

Vistas estas investigaciones en su conjunto, podemos ver que la obra clásica de Almond y Verba ha recibido críticas en su definición, en sus dimensiones, tipologías, ejes de análisis y metodología, por lo que es necesario hacer ya una revisión de su alcance.

Un segundo aspecto importante de resaltar es que esta crítica mexicana si bien coincide con las observaciones que le han hecho desde la crítica internacional, se han quedado a nivel de la obra publicada en 1963, precisamente THE CIVIC CULTURE, y no hay hasta el momento nuevos comentarios respecto a la respuesta más reciente que dieron en 1991 Almond y Verba, en THE CIVIC CULTURE REVISTED, en la que contestan las primeras críticas y además afinan su propuesta. Esta es entonces una tarea pendiente para los estudiosos en México.

Un tercer aspecto es que las investigaciones mexicanas se ubican sobre varios supuestos, como el de las funciones de la cultura política en la conservación de la estabilidad y legitimidad del sistema, o en las de su transformación y transición, vistos en un mar más amplio del paso de lo tradicional a lo moderno. Pareciera ser que se sigue buscando las vías para acceder, desde la cultura parroquial y súbdito, hasta la cívica en un visión lineal y evolucionista. La preocupación parece ser que tanto la cultura tradicional sostiene un régimen semiautoritario y cómo la cultura cívica conviene a otro democrático, dejando de lado que hay experiencias en el mundo donde la cultura cívica ha sostenido formas de gobierno no democráticas. Hay aquí entonces una serie de supuestos no suficientemente discutidos en las investigaciones mexicanas sobre la relación cultural política-tipos de régimen, que nos remiten al campo de la ciencia política.

Un cuarto elemento sería que la mayoría de los estudios de cultura política han tomado como referente a sujetos sociales y políticos asociados a clases sociales subalternas. La cultura obrera, los campesinos, los marginados urbanos, etc., aparecen con más frecuencia que las elites, los empresarios, las clases medias, etc. que son así un mundo social a explorar.

Un quinto rasgo sería que hay también un acento en los estudios de la cultura política y los procesos electorales, tratando de observar si una cultura política determinada es la base de los criterios de selección de candidatos y de intención del voto, lo cual es obviamente todo un problema de percepción de los niveles macro,

meso y micro que podrían aclarar al respecto, como vimos. Estos estudios, por lo demás, son coyunturales y semejan mucho más estudios de opinión pública. Hay aquí también otra discusión pendiente.

Estos cinco rasgos caracterizan al período de investigaciones sociológicas y antropológicas que se generaron desde 1988 en el país, bajo la preocupación del análisis de la cultura política como elemento que permite la reproducción del régimen político de partido hegemónico (PRI) o su transformación, en un esquema que supone que tras la mayor participación civil de los últimos años hay un cambio de valores y actitudes.

A fines de los años noventa surge sin embargo otra posibilidad de concebir la cultura política, partiendo de aquellas aportaciones. Esta se abre cuando se comienza a mirar no solo la participación electora o política, sino una emergente -contradictoria- sociedad civil que comienza a jugar un nuevo papel en la transición política del país.

La realidad ponen así sobre la agenda de las investigaciones dos ejes nuevos: cultura política-sociedad civil, y cultura política y transición a la democracia, que serían los nuevos marcos de exploración del problema.

Pero estos nuevos ejes no pueden ser solo el marco para repetir investigaciones bajo los cinco rasgos anteriores de los estudios analizados. A mi modo de ver, se requiere que junto con los nuevos ejes haya también nuevas propuestas para definir, interpretar, dimensionar y abordar el tema de la cultura política.

De otro modo se podrían repetir aspectos ya revisados bajo las nuevas coordenadas que plantea la realidad.

A mi modo de ver, la perspectiva de la sociedad civil y de los espacios públicos, analizados en sus distintos niveles macro, meso y micro abre un campo de posibilidades en este sentido.

Especialmente, uno de los beneficios de tal enfoque es que despartidiza y a la vez relativiza la carga ideológica-política de esta veta de estudios, colocándonos no en un nivel ascético y desinteresado, sino al contrario, en una exigencia profunda que reflexiona respecto a la calidad de la cultura política que se da en los espacios públicos, superando la visión lineal que dejaba en el cenit de la evolución lo que hasta hoy se conoce como cultura cívica.

Las nuevas investigaciones podrán superar este evolucionismo y explorar las condiciones de validez de los tipos de cultura política realmente existentes, ya sin dejarse deslumbrar por uno de ellos: lo que Almond y Verba definieron como cultura cívica.

Xalapa, Ver., Agosto del 2000

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, Richard Newbold (1978) "La Red de Expansión Humana".- Ediciones de la Casa Chata, México, D. F.
- Adler Lomnitz, Larissa (1994) "Redes Sociales, Cultura y Poder: Ensayos de Antropología Latinoamericana".- Porrúa-FLACSO, México.
- Adler Lomnitz, Larissa, Lomnitz Claudio e Illya Adler. (1990) "El Fondo de la Forma: la Campaña Presidencial del PRI en México en 1988".- en *Nueva Antropología*, Vol. XI, núm. 38, México.
- Ai Camp, Roderic (1995) "La Política en México".- Editorial Siglo XXI, México.
- Alduncin Abitia, E. (1988) "Los Valores de los Mexicanos. México entre la Tradición y la Modernidad".- Fomento Cultural Banamex, México.
- Alduncin Abitia, E. (1991) "Los Valores de los Mexicanos. México en Tiempos de Cambio".- Fomento Cultural Banamex, México.
- Almond, G. A. (1990) "The Study of Political Culture".- en *A discipline divided Schools and sects in political science*. Sage, Newbury Park.
- Almond, G. y Powel, B. (1987) "Comparative Politics: System, Process, Policy".- Little, Brown, Boston.
- Almond, G. A. y "The Civid Culture: Political Attitudes and Demo

- Verba, S. (1963) *cracy in Five Nations*.- Princeton University Press, Princeton; *The Civic Culture Revisited*, Sage, Newbury Park, 1989.
- Almond, G. y S. Verba (1980) *"The Civic Culture Revisited"*.- Little, Brown and Company, Boston, U. S. A.
- Alonso, Jorge (1994) *"Introducción"* y *"Partidos y Cultura Política"*.- en Jorge Alonso (coord.), *Cultura Política y Educación Cívica*, CIIH-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, México.
- Alonso, Jorge (1995) *"Hacia una Indagación de la Democracia de los de Abajo"*.- en *Nueva Antropología*, Vol. XIV, núm. 48, México.
- Alonso Jorge y Ramírez Saíz Juan Manuel (coords.) (1990) *"La Democracia de los de Abajo en México"*.- La Jornada/UNAM/Consejo Electoral del Estado de Jalisco, México.
- Azis, Alberto y Peschard, Jacqueline (1992) *"Las Elecciones Federales de 1991"*.- UNAM-Porrúa, México.
- Azuela Antonio (1995) *"Ciudadanía y Gestión Urbana en los Poblados Rurales de los Tuxtles"*.- Estudios sociológicos N° 39, Vol. XIII, ColMex, México.
- Balandier, Georges (1969) *"Antropología Política"*.- Península, Barcelona.
- Barnes, S. (1988) *"Politics and Culture"*.- Center for Political Studies, Institute for Social Research, Ann Arbor.

- Barnes, S. y
Kaase, M. Et al.
Barry, B. (1970)
Bartra, Roger (1981)
Bartra, Roger (1981)
Basañez, Miguel (1991)
Béjar Navarro R. y
Capello G, Héctor (1990)
Béjar, R. y
H. M. Capello (1987)
Beltrán, Ulises et. al.(1997)
Blau, P. M. (1982)
Bonfil, Guillermo (1990)
- “*Politicar Action: mass participation in five western Democracies*”.- Sage, Beverly Hills. “*Sociologists, Economists and Democracy*”.- Collier Macmillan, London.
- “*La Jaula de la Melancolía, Identidad y Metamorfosis del Mexicano*”.- Grijalbo, México.
- “*Las Redes Imaginarias del Poder Político*”.- Era, México.
- “*Cambio de Valores: una aproximación a su estudio*”.- Sociología, Año 6, N° 17, Sept.-Dic. 1991.- UNAM, México.
- “*Bases Teóricas y Metodológicas en el Estudio de la Identidad y el Carácter Nacio-nales*”.- CRIM-UNAM, Cuernavaca, México.
- “*Crisis Económica, Carácter Nacional e Identidad Transicional*”.- UNAM-CRIM (Aportes de Investigación, Núm. 14), México.
- “*Los Mexicanos de los Noventa*”.- Instituto de Investigaciones Sociales.- UNAM, México.
- “*Intercambio y Poder en la vida Social*”.- Barcelona, España.
- “*México Profundo*”.- Editorial Grijalbo, México.

- Bourdieu (1990) "Sociología y Cultura".- Editorial Grijalbo-Conacutla, México.
- Bourdieu (1991) "El Sentido Práctico".- Taurus-Humanidades, Madrid, España.
- Cisneros, Puebla (1990) "Psicología de la Democracia y Transición Política".- en *Polis 90, Anuario de Sociología* UAM-I, México.
- Cisneros Puebla, A. César y Sánchez Jiménez José (1992) "Subjetividad y Cultura Política, Tensión entre Historias Conceptuales".- en *Polis 92*, UAM-I, México.
- Clastres, Pierre (1981) "Investigaciones en Antropología Política".- Editorial Gedisa. Barcelona, España. (BCIE SAS).
- Cohen, Abner (1979) "Antropología Política: el Análisis del Simbolismo en las Relaciones de Poder".- en R. Llobera (ed.), *Antropología Política*, Anagrama, Barcelona, España.
- Cohen, J. (1996) "The Public Sphere, the Media and Civil Society".- en A. Sajo (ed.), *Rights of Access to the Media*, De Hague, Kluwer.
- Cohen, J. y Arato A. (1992) "Civil Society and Political Theory".- Cambridge, MIT, Press.
- Crespo, José Antonio (1990) "La Cultura Política después del 6 de Julio".- en *Nueva Antropología*, Vol. X, núm. 35, México.

- Crespo, José Antonio (1994) “Legitimidad Política y Comportamiento Electoral en el Distrito Federal”.- Cultura Política y Educación Cívica.- Coord. de Jorge Alonso.- Porrúa, México.
- Chihu, Aquiles (1998) “El Procesualismo Simbólico, una Propuesta de Análisis de la Cultura Política”.- en *Polis 97: Horizontes Contemporáneos en Sociología y Psicología Social*, UAM Iztapalapa, México.
- De la Garza Toledo Enrique (1992) “Crisis y Sujetos Sociales en México”.- CIIH-UNAM, México.
- De la Peña, Guillermo (1986) “La Antropología Sociocultural y el Estudio del Poder”.- Manuel villa (ed.). *Poder y dominación. Perspectivas antropológicas*. URSHSLAC-El Colegio de México, Caracas, Venezuela.
- De la Peña, Guillermo (1990) “La Cultura Política entre los Sectores Populares de Guadalajara”.- Nueva Antropología, Vol. XI, N° 38, México.
- De la Peña, Guillermo (1993) “La Cultura Política Mexicana”.- *Estudios sobre las culturas contemporáneas*. Vol. VI, núm. 16-17, Universidad de colima, México.
- De la Peña, Guillermo (1994) y De la Torre, Renée “Pastoral Social y Organización Popular en Jalisco”.- Cultura Política y Educación Cívica.- Coord. de Jorge Alonso.- UNAM-Porrúa, México.

- De la Peña, R. y Toledo R. (1992) "La Cultura Política en el D. F." y "Política y Políticos en el D. F.".- en *Política*, Mayo 10-julio, 5, en *El Nacional*, México.
- De la Peña, R. y Toledo R. (1992) "El 87% de los Mexicanos, Nacionalistas y Patriotas".- en *El Nacional*, Septiembre, México.
- Díaz, Raúl et. al. (1986) "La Producción de Sentido: un Aspecto de la Construcción de Relaciones Sociales".- Nueva Antropología, Vol. IX, N° 31, México.
- Díaz-Guerrero, R. (1991) "Psicología del Mexicano".- Trillas, México (orig. 1967).
- Doise, W. (1991) "Las Representaciones Sociales: Presentación de un Campo de Investigación".- en *Suplementos Anthropos*, núm. 27.
- Downs, A. (1957) "An Economic Theory of Democracy".- Harper and Row, New York.
- Durand, Víctor Manuel (1992) "La Cultura Política en Nueve Ciudades Mexicanas".- Revista Mexicana de Sociología N° 1/92, Año LIV, Enero-Marzo 1992, UNAM, México.
- Durand, Víctor Manuel (1997) "Cultura Política de Masas y el Cambio en el Sistema Político: el papel de la 'Ambigüedad Cultural'".- Revista Mexicana de Sociología, Año LIX, 1/97.- UNAM, México.
- Durand, Manuel (1997) y Smith Marcia "La Cultura Política de las ONG en México".- Revista Mexicana de Sociología.- Año LIX.- UNAM, México.

- Edelman, M. (1971) "*Politics as symbolic*".- Academic Press, New York.
- Edelman, M. (1972) "*The Symbolic uses of Politics*".- University of Illinois Press, Urbana.
- Escalante, Fernando (1995) "*De la Necesidad, Virtud, Moral Pública y Orden Político en México*".- Estudios sociológicos N° 39, Vol. XIII, ColMex, México.
- Escalante, Fernando (1995) "*El Problema de la Ciudadanía. Moralidad, Orden y Política*".- Estudios sociológicos N° 39, Vol. XIII, ColMex, México.
- Estrada Saavedra, Marco (1995) "*Participación Política. Actores Colectivos*".- Universidad Iberoamericana/Plaza y Valdés, México.
- Favela, Alejandro y Calvillo Miriam (1998) "*La Construcción de la Identidad Política en el Universo del Sujeto Social*".- en *Polis 97, Horizontes Contemporáneos en Sociología y Psicología Social*.- UAM Iztapalapa, México.
- Fernández, Anna (1999) "*Valores Políticos y Preferencias Electorales de las Mujeres en el D. F.*".- Política y Cultura N° 11.- Invierno 1998-99.- UAM Xo-chimilco, México.
- Fernández, P. (1993) "*Cultura Cotidiana de la Calle. Psicología Política*".- Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México.

- Fernández, Pablo (1994) “La Psicología Colectiva, un Fin de Siglo más Tarde”.- ed. ANTHROPOS, Colegio de Michoacán, México.
- Flores, Julia Isabel (1996) “Identidades Políticas en México”.- Cultura Política.- Coord. de Jacqueline Peschard.- UNAM-IFE-Colegio Nacional de Ciencias Políticas, México.
- Gabriel, Oscar, W. (1986) “Cambio Social y Cultura Política (El caso de la República Federa de Alemania)”.- Gedisa, Barcelona, España.
- García Canclini, N. (1990) “Culturas Híbridas”.- Editorial Grijalbo, México.
- García Canclini, N. (1995) “Consumidores y ciudadanos”.- Editorial Grijalbo, México.
- Garreton M., Manuel A. (1990) “Cultura Política y Sociedad en la Construcción Democrática”.- en Carlos Barba Solano et al (comps.), *Transición de la Democracia en Europa y América Latina*.- U de G-Miguel Ángel Porrúa- FLACSO, México.
- Geertz, C. (1980) “The Interpretation of Cultures”.- Basic Books, New York
- Gellner, Ernest (1996) “Condiciones de Libertad. La Sociedad Civil y sus Rivales”.- Editorial Paidós.- Barcelona, España.
- Giglia, Angela (1996) “La Democracia en la Vida Cotidiana. Dos Casos de Gestión de Condominios en la Ciudad”

- de México*”.- Alteridades, Año 6, N° 11, UAM Iztapalapa, México.
- Gilabert, César (1993) “El Hábito de la Utopía”.- Análisis Imaginario Sociopolítico de México, 1968.- Instituto Mora-Porrúa, México.
- Gómez Tagle, Silvia (1993) “La Frágil Democracia Mexicana: Partidos Políticos y Elecciones”.- Mediodía, México.
- González Navarro, M. (1990) “La Propaganda Política: un enfoque psicossocial”.- en POLIS 90, Anuario de Psicología, UAM-I, México.
- González Navarro, M. (1991) “El Tránsito de la Psicología Social a la Psicología Política”.- en J. Juárez et al, Ensayos de Psicología Política en México, UAM-I, México.
- González Navarro, M. (1991) “Imágenes Políticas y Participación Ciudadana en torno a un Proceso Electoral: un enfoque Psicosocial”.- en Fundamentos y Crónicas de la Psicología Social Mexicana, Núms. 6-7, México.
- González Navarro, Manuel (1991) “Un esquema para la Investigación Psicosocial: la Participación y la Propaganda”.- en Ensayos de psicología política en México, UAM-I, México.
- González, Manuel (1991) “El Tránsito de la Psicología social a la Psicología Política”.- en Ensayos de Psicología Política en México, UAM Iztapalapa, México.

- González, Manuel y López, Concepción (1997) “Significados y Funciones de la Oposición Política en el Contexto de la Sucesión Presidencial”.- en Los Referentes Ocultos de la Psicología Política.- UAM Iztapalapa, México.
- Gordon, Sara (1997) “La Cultura Política de las ONG en México”.- Revista Mexicana de Sociología.- Año LIX.- UNAM, México.
- González Torres, Yolotl et al (1981) “Uso Político de la Sociedad”.- México: DEAS (Cuadernos de Trabajo: 18) (BCIESAS).
- Gutiérrez, Roberto (1996) “Notas sobre la Relación entre Cultura Política e Instituciones Democráticas”.- Cultura Política.- Coord. de Jacqueline Peschard.- UNAM-IFE, México.
- Gutiérrez López Roberto (1988) “A Manera de Introducción: Elementos para un Análisis de la Cultura Política Contemporánea”.- en Revista A, Vol. IX, núm. 23-24, México.
- Gutiérrez López Roberto (1989) “Cultura Política y Transición a la Democracia PRI y PRD en la Coyuntura Actual”.- en Sociología, núm. 11, México.
- Gutiérrez López Roberto (1990) “Algunas Aportaciones recientes para el estudio de la Cultura Política en México”.- en Cultura Política e Investigación Urbana, UNAM-CRIM, Cuernavaca, México.
- Gutiérrez López Roberto (1990) “Nueva y Desigual Cultura Política”.- en El Libro del Año 1990, El Nacional, México.

- Gutiérrez López Roberto (1993) “El Campo Conceptual de la Cultura Política”.- en *Argumentos*, núm. 18, México.
- Gutiérrez, Roberto (1988) “Cultura Política y Transición a la Democracia en México”.- en *Sociológica*, Año 4, núm. 11, México.
- Gutiérrez López, Roberto y Pacheco, Guadalupe (1990) “Nuestra Frágil Cultura Política”.- en “*Política*”, *El Nacional*, 24 de Mayo, México.
- Gutiérrez López, Roberto y Palma Esperanza (1991) “Sobre los Conceptos de Sistema y Cultura Política en México (para pensar la transición)”.- en “*Sociología*”, núm. 15, México.
- Habermas, J. (1989) “The Structural Transformation of the Public Sphere”.- Cambridge, MIT, Press.
- Habermas, J. (1992) “Further Reflections on the Public Sphere”.- en Calhoun, *Habermas and Public Sphere*, Cambridge, MIT Press.
- Habermas, J. (1994) “Three Normative Models of Democracy”.- Constellations, Oxford, Vol. 1, núm. 1.
- Habermas, Jürgen (1987) “Teoría de la Acción Comunicativa”.- Crítica de la razón funcionalista. T. II, Taurus, España.
- Hall, John A. (1995) “Civil Society”.- Cambridge, Mass., Polity Press.
- Hansen, Roger D. (1971) “La Política del Desarrollo Mexicano”.- Editorial Siglo XXI, México.
- Hernández, A. (1993) “El Campo Conceptual de la Cultura Política”.- en *Argumentos*, núm. 18, México.

- Hernández A. y Narro, L (1987) "Cómo somos los Mexicanos".- CEE-CREA, México.
- Hernández Rodríguez Rogelio (1991) "La Formación del Político Mexicano".- Col. Mex, México.
- Inglehart, R. (1988) "The Renaissance of Political Culture".- en *American Political Science Review*, Vol. 82, núm. 4, U. S. A.
- Kaene, J. (1997) "Transformaciones Estructurales de la Esfera Pública".- Estudios Sociológicos, Vol. XV, núm. 43, México.
- Keane, J. (1988a) "Civil Society and the State".- Londres, Verso.
- Kinder, D. R. (1983) "Diversity and complexity in American Public opinion".- en Finifter, A., *Political Science. The State of the Discipline*, American Political Science Association, Washington.
- Krader, Lawrence e Ino, Rosi (1982) "Antropología Política".- Serie Panorama de la Antropología Cultural Contemporánea N° 6. Barcelona: Edit. Anagrama. (BCIESAS) (BSCC).
- Krotz, Esteban (1981) "La Politización del Niño Campesino en México" Notas sobre el libro "La Politización del Niño Mexicano" y "El Estudio de la Cultura Política en el Campo".- en *Relaciones*, Vol. II, núm. 8, México.
- Krotz, Esteban (1984) "Cultura y Análisis Político".- en *Nueva Antropología*, Vol. VI, núm. 23, México.

- Krotz, Esteban (1986) *"Poder, Símbolos y Movilizaciones: Sobre Algunos Problemas y Perspectivas de la Antropología Política"*.- Nueva Antropología, Vol. IX, N° 31, México.
- Krotz, Esteban (1990) *"Antropología, Elecciones y Cultura Política"*.- Nueva Antropología, Vol. XI, N° 38, México.
- Krotz, Esteban (1993) *"Cultura e Ideología: un campo temático en expansión"*.- en Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, y 5, núm. 15, México.
- Krotz, Esteban (1993) *"El Concepto 'Cultura' y la Antropología Mexicana: ¿Una tensión permanente?"*.- en E. Krotz (comp.), La cultura adjetivada, UAM-I, México.
- Krotz, Esteban (1995) *"Hacia la Cuarta Dimensión de la Cultura Política"*.- en Iztapala, y 6, núm. 12-13, México.
- Krotz, Esteban (coords.) (1996) *"Antropología Política. Análisis y Nuevos Enfoques de Estudio"*.- INAH-Plaza y Valdés, México.
- Landi, O. (1981) *"Sobre Lenguajes, Identidades y Ciudadanías Políticas"*.- en N. Lechner (comp.), Estado y Política en América Latina, Siglo XII, México.
- Leach, Edmond (1977) *"Sistemas Políticos de Alta Birmania"*.- Barcelona: Edit. Anagrama, (BCIESAS).
- Lechner, N. (1986) *"La Conflictiva y nunca acabada Construcción del Orden Deseado"*.- Siglo XXI-CIS, Madrid, España.

- Lechner, N. (1987) "Los Patios Interiores de la Democracia: Subjetividad y Política".- PCE.- Santiago de Chile.
- Lechner, Norber (1987) "Presentación".- en N. Lechner (comp.), *Cultura Política y Democracia*.- Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina.
- Lewellen, Ted C. (1985) "Introducción a la Antropología Política".- Bellaterra, Barcelona.
- Loeza, S. (1989) "Cambios en la Cultura Política Mexicana, el Surgimiento de una Derecha Moderna, 1970-1988".- en *Revista Mexicana de Sociología*, y, 51, núm. 3, México.
- Loeza, S. (1989) "El Llamado de las Urnas".- Cal y Arena, México.
- López Monjardín, Adriana "La Cultura Política de los campesinos".- en Jorge Alonso (coord.), México.
- Llobera, J. R. (comp.) (1985) "Antropología Política".- Barcelona: Edit. Anagrama (BCIESAS) (CDA).
- Maestre, Agapito (1996) "El Vértigo de la Democracia".- Ediciones de la Ilustración, Madrid, España.
- Martínez, Jesús (1996) "La Manifestación de una Ciudadanía Posnacional de los Mexicanos en el Silicon, Valey, 1987-1994".- Cultura Política.- Coord. de

- Jacqueline Peschard.- UNAM-IFE, Colegio de Ciencias Políticas, México.
- Meyenberg, Yolanda (1996) “Sistema de Dominio y Cultura Política en México”.- Cultura Política.- Coord. de Jacqueline Peschard.- UNAM-IFE, Colegio de Ciencias Políticas, México.
- Meza A. (1991) “La Visión Psicosociológica: una Explicación Alternativa del Poder”.- en *Ensayos de Psicología Política en México*, UAM-I, México.
- Montesinos, Rafael (1991) “La Cultura Política del Empresariado en México”.- Sociología, Año 6, N°. 17, Sept.-Dic. 1991.- UNAM, México.
- Moscovici, Serge (1979) “El Psicoanálisis, su Imagen y su Público”.- Huemul, Argentina.
- Moscovici, Serge (1997) “Los temas de la Psicología Política”.- en *Los Referentes Ocultos de la Psicología Política*, UAM Iztapalapa, México.
- Mota Botello, Graciela (1990) “Cultura Política: un Enfoque Psicosocial”.- en *Aportes de Investigación*, núm. 42, CRIM-UNAM, México.
- Mota, G. (1990) “Cultura Política: un Enfoque Psicosocial”.- UAM-CRIM (Aporte de Investigación, núm. 42), Cuernavaca, México.

- Mota, G. (1991) “Cultura Ecológica y Participación en el Medio rural Mexicano”.- en Fundamentos y Crónicas de la Psicología Social Mexicana, núm. 6 y 7, México.
- Mota, Graciela (1999) “La Negociación como Proceso de Construcción de la Democracia: las Aportaciones de Chiapas y Tabasco”.- en *Psicología Política*, Luis Oblitas (coord). Plaza y Valdéz-VIC, México.
- Nieto, Raúl (1994) “Cultura Política y Clase Obrera”.- Cultura Política y Acción Cívica.- Coord. de Jorge Alonso.- UNAM-Porrúa, México
- Nivón Eduardo (1990) “Urbanización, Marginalidad y Cultura Política”.- en *Alteridades: Anuario de Antropología*, UAM-I, México.
- Novelo, Victoria (1984) “La Cultura Obrera, una Contrapropuesta Cultural”.- Nueva Antropología, Vol. VI, N° 23, México.
- Olson, M. (1963) “The Logic of Collective action. Public Goods and the Theory Groups”.- Harvard University Press, Cambridge.
- Olvera, A. (1998) “Cambios en los Patrones de Acción Colectiva y el Nuevo Asociativismo en México”.- en Cuadernos de Trabajo N° 4, Instituto de Investigaciones Histórico Sociales de la Universidad Veracruzana, Xalapa, México.

- Olvera, A. (1998) “El Concepto de Organismo Civil: una discusión sobre su contenido e implicaciones teóricas”.- en M. Canto Chac, De lo Cívico a lo Político. Una discusión sobre las organizaciones civiles.- CAM, México.
- Olvera, A. (1999) “La Sociedad Civil: de la Teoría a la Realidad”.- El Colegio de México, México.
- Olvera, Alberto y Aguilar, Martín (1994) “Las Elecciones de 1994 en Veracruz: Cambios, Continuidades y Nuevas Tendencias”.- Ponencia para el Seminario La Operación Electoral y los Partidos Políticos en México, UNAM (oct.), México.
- Pacheco, Guadalupe (1992) “Un Caleidoscopio Electoral: Ciudades y Elecciones en México, 1998-1994”.- Estudios Sociológicos N° 44.- Mayo-Agosto 1977.- ColMex, México.
- Pacheco, Guadalupe (1992) “Urbanización, Elecciones y Cultura Política”.- Estudios Sociológicos N° 28.- ColMex, México.
- Paoli, Francisco (1988) “El Providencialismo, rasgo de la Cultura Política Mexicana”.- en Revista A, Vol. IX, núm. 23-24, México.
- Pateman, C. (1971) “Political Culture, Political Structure and Political Change”.- *British Journal of Political Science*, 1, 291-305.

- Peña, Guillermo de la (1994) *"La Cultura Política Mexicana: Reflexiones desde la Antropología"*.- en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Vol. VI, núms. 16 y 17, Centro Universitario de Investigaciones Sociales, Colima, México.
- Peschard, Jaqueline (1994) *"Las Motivaciones del Comportamiento Electoral Capitalino (1988)"*.- *Cultura Política y Educación Cívica*.- Coord. de Jorge Alonso.- Porrúa, México.
- Peschard, Jaqueline (1995) *"Cultura Política y Comparamiento Electoral en el Distrito Federal"*.- *Revista Mexicana de Sociología*.- Año LIX.- 1-97.- UNAM, México.
- Peschard, Jaqueline (1995) *"La explosión participativa: México, 1994"*.- *Estudios Sociológicos* No. 38, Volumen XIII.- ColMex, México.
- Putman, H. (1993) *"Making Democracy Work"*.- Princeton University Press, Princeton.
- Pye, Lucian (1974) *"Cultura Política"*.- en David Sills (ed.), *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Aguilar, Madrid, España.
- Pye, Lucien W. (1973) *"Culture and Political Science: Problems in the evaluation of the Concept of Political Culture"*.- en L. Scheneider y Ch. Bonjean (eds) *The Idea of Culture in the Social Sciences*, Cambridge University Press, Cambridge, U.S.A.
- Pye, Lucian y *"Policial Culture and Political Develop-*

- Sidney Verba (eds.) (1990) *ment*".- Princeton University Press, Princeton, U. S. A.
- Ramírez, Juan (1994) "Cultura Política y Educación Cívica del Movimiento Urbano Popular".- Cultura Política y Educación Cívica.- Coord. de Jorge Alonso.- UNAM-Porrúa, México.
- Revueltas, Andrea (1996) "Sistema de Dominio y Cultura Política en México".- Cultura Política.- Coord. de Jacqueline Peschard.- UNAM-IFE, Colegio de Ciencias Políticas, México.
- Riker, W. y Ordeshook, P. C. (1968) "A Theory of the Calculus of Voting".- *American Political Science Review*, 62.
- Rivera, Liliana (1994) "Las Elecciones de 1994 en Veracruz ¿hacia una nueva cultura Política?".- En Revista *Sotavento* núm. 2. Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Xalapa, Ver. En prensa.
- Rodríguez, Oscar (1997) "¿Porqué las Representaciones Sociales? (Un acercamiento de la Teoría al Análisis del EZLN)".- en *Los Refrentes Ocultos de la Psicología Política*, UAM Iztapalapa, México.
- Rosaldo, Renato (1987) "Problemática sobre el Sistema Político Mexicano".- en *Relaciones*, Vol. VIII, núm. 31, México.
- Rosaldo, Renato (1991) "Cultura y verdad: Nueva Propuesta de Análisis Social".- CNA-Grijalbo, México.

- Salazar, Luis (1996) *"Cultura Política y Transición Democrática"*.- Cultura Política.- Coord. de Jacqueline Peschard.- UNAM-IFE-Colegio Nacional de Ciencias Políticas, México.
- Scott, Robert (1965) *"México: The Established Revolution"*.- en L. Pye y S. Verba (eds.), *Political Culture and Political Development*, Princeton University Press, Princeton, U. S. A.
- Street, Susan (1994) *"La Cultura Política del Movimiento Magisterial Chiapaneco"*.- Cultura Política y Educación Cívica.- Coord. de Jorge Alonso.- UNAM-Porrúa, México.
- Swartz, Marc, Turner, Víctor y Tuden, Arthur (1994) *"Antropología Política: una Introducción"*.- Revista *Alteridades*. UAM-I, Año 4, núm. 8, México.
- Tamayo, Sergio (1999) *"Del Movimiento Urbano Popular al Movimiento Ciudadano"*.- Estudios Sociológicos N° 50.- Volumen XVII.- ColMex, México.
- Tejera Gaona, Héctor (1996) *"Las Campañas Electorales del PRI en el Distrito Federal"*.- Política y Cultura, N° 11.- Invierno 1998-99.- UAM Xochimilco, México.
- Tejera, Héctor (1994) *"Indígenas y Cultura Política: Democracia y Participación en las Regiones y Étnicas de México"*.- Cultura Política y Educación Cívica.- Coord. de Jorge Alonso.- UNAM-Porrúa, México.

- Tejera, Héctor (1996) *“Cultura Política: Democracia y Autoritarismo en México”*.- Nueva Antropología N° 50, Vol. XV Octubre de 1996.- UNAM, México.
- Thompson, J. B. (1990) *“Ideology and Modern Culture. Critical Social Theory in the era of mass communication”*.- Stanford University Press, Stanford.
- Torres, Gerardo (1994)
y López Rosalía *“Entre el Autoritarismo y la Gestión Democrática. Cultura Política y Organización Social de los Pobres Urbanos”*.- Estudios Sociológicos N° 34, Volumen XII, ColMex, México.
- Uribe, J. y T. Acosta (1990) *“Sobre la Democracia en México”*.- en Fundamentos y Crónicas de la Psicología Social Mexicana, núm. 2, México.
- Uribe, Javier y Acosta,
Teresa (1997) *“En Torno a la Democracia en México: Una - Caracterización”*.- en Los Referentes Ocultos de la Psicología Política.- UAM Iztapalapa, México.
- Uribe, Javier y Acosta,
Teresa (1997) *“Los Referentes Ocultos de la Democracia”*.- en Fundamentos y Crónicas de la Psicología Social Mexicana.- Revista de la Sociedad Mexicana de Psicología, Año 5, núms. 8 y 9.- UAM-SOMEPSO, México.
- Varela, Gonzalo (1998) *“La Cultura Política de los Académicos de la UNAM, 1968-1987”*.- Estudios Sociológicos N° 17, Vol. VI.- ColMex, México.

- Varela, Roberto (1986) *"Democracia Emergente y Estructuras de Poder en el Estado de Morelos"*.- Nueva Antropología, Vol. IX, N° 31, México.
- Varela, Roberto (1993) *"El Concepto de Cultura Política en al Antropología Social Mexicana Contemporánea"*.- en Esteban Krotz (comp.), *La Cultura adjetivada*, UAM-I, México.
- Varela, Roberto (1995) *"Cultura Política"*.- en *Antropología Política, Enfoques Contemporáneos*. Héctor Tejera (coord.)- INAH/Plaza y Valdés, México.
- Varela, Roberto (1996) *"Los Estudios Recientes sobre Cultura Política en la Antropología Social Mexicana"*.- en *El Estudio de la Política en México*, Esteban Krotz (coord.), CNCA-CIESAS, México.
- Vargas González Pablo (1991) *"Cultura Política y Elecciones en Hidalgo"*.- en *Nueva Antropología*, Vol. XI, núm. 38, México.
- Vargas, Pablo (1990) *"Cultura Política y Elecciones en Hidalgo"*.- Nueva Antropología, Vol. XI, N° 38, México.
- Verba, Sidney (1969) *"Comparative Political Culture"*.- en L. W. Pye y S. Verba (cda.), *Political Culture and Political Development*, Princeton, Princeton University Press, U.S.A.
- Villa, Manuel de (1986) *"Poder y Dominación"*.- *Perspectivas Antropológicas*. Caracas: URSHSLAC-El Colegio de México, (BCIESAS).

Woldenbert, José (1988)

“Elecciones y Cultura Política”.- en *El Cotidiano*, núm. 26, México.

Zermeño, Sergio (1996)

“La Sociedad Derrotada”.- HS/UNAM/ Porrúa, México